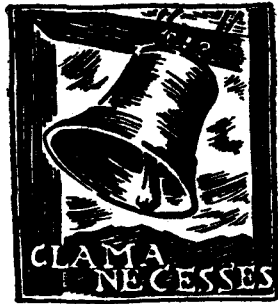


CRISTIANIDAD



4 RAZON DE ESTE NUMERO

Y lo hacemos hoy con la de Pío IX, que encabeza esta gloriosa y venerada serie. Tras un **Editorial: La Devoción a la Eucaristía. — El Congreso Eucarístico de Barcelona**, en el que nos hacemos eco de este gran acontecimiento que viene a enervorizar la vida religiosa de nuestra Ciudad, pasamos, en las págs. 2 y 3, a transcribir dos fragmentos que guardan íntima relación con el contenido de este número, dedicado al Papa de la Inmaculada: uno, de la obra del P. J. M. Bover, S. J., **María, Medianera de todas las gracias**, y otro de **Los Pastores de Belén**, de Lope de Vega.

Siguiendo el propósito que nos hemos impuesto —iniciado en nuestro número 2, relativo a Pío XII, nuestro Pontífice actualmente reinante—, el presente abre este alto homenaje que nos proponemos tributar a la figura de los últimos grandes Papas.

Sección I. — «Plura ut unum». Viene consagrada a la historia, dolorosa y santa, del gran Pontífice, a darla a conocer y gustar debidamente. Es en este período de la Historia de la Iglesia en que mayormente brilla la solicitud del buen Pastor para con ella, y las virtudes, heroicas y sobrenaturales, de su Vicario «sicut agnos inter lupos». El primer período de su Pontificado lo describe Luis Creus Vidal en **Del «Hosanna» al «Crucifige»**; el segundo, M. Tomasino, en **La Mansedumbre invencible**, respectivamente en las págs. 4 a 6 y 6 a 8. Su manifestación magistral más destacada, corre a cargo de Jaime Bofill en **El «Syllabus». Su razón y oportunidad** (págs. 9 a 11). Ornamentan las páginas centrales la biografía y el retrato del Pontífice.

Sigue la historia del mismo, en sus tiempos más sublimes y difíciles, José María Minoves, en **El Triunfo del Espíritu** (el santo Concilio Vaticano, de tanta trascendencia en «la renovación de la Ciudad Santa»), págs. 14 y 15, y la concluye Antonio Pérez de Olaguer en **De la defensa de la Puerta Pia**, págs. 16 y 17.

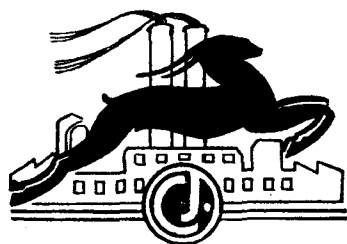
Sección II. — Del Tesoro Perenne. «Nova et Vetera». Está dedicada al mismo objeto. En la pág. 18, reproducimos un fragmento del trascendental discurso que pronunció en el Congreso, en 1865, sobre **El Poder Temporal**, Aparisi y Guijarro, índice del pensamiento español, santamente intransigente, de la época. Y, en la pág. 19, una anécdota relativa a la vida de Pío IX, tan humano siempre en medio de sus vicisitudes: **Pío IX sitiado en el Quirinal, 1848**.

Sección III. — «A Guisa de Tertulia». En la pág. 20, Luis Creus da satisfacción a la observación que le hizo Isabel de Montoliu, acerca de su artículo **Las Rosas**, aparecido en nuestro primer número.

Sección IV. — «A la luz del Vaticano». En ella, Ernesto Foyé nos explana **El porqué de una afirmación** (relativa a su crítica del cine americano aparecida en nuestro número de prueba), págs. 21 y 22. Finalmente y en las págs. 22 a 24, reproducimos un fragmento de un notable discurso de S. E. el Jefe del Estado y, a continuación, el acostumbrado **Comentario Internacional**, por José-Oriol Cuffí.

Completan este número ilustraciones originales de Ignacio María Serra Goday, M.^a M. P. y Joaquín Mascaró.





José Codinachs

FABRICA DE TEJIDOS DE LANA Y ESTAMBRE · ARTICULOS CLASICOS Y PARA UNIFORMES

Sabadell



Hijo de **JOSÉ MARCET POAL**

NOVEDADES EN TEJIDOS
DE LANA Y ESTAMBRE

General Mola, 24 - TARRASA - Teléfono 2219

HILADOS Y TEJIDOS DE LANA, ASTRACANES, TERCIOPELOS Y TAPICERIAS

Alegre & Puigbó, S. en C.

TARRASA

FÁBRICA
RINCÓN, 13 - TELÉFONO 2330

DESPACHO
PLAZA M. J. VERDAGUER, 13
TELÉFONO 2318

CRISTIANDAD

NÚMERO 4 - AÑO I
SUSCRIPCIÓN ANUAL: 48' — Ptas.
EJEMPLAR. 2'50 »

REVISTA QUINGENAL

15 Mayo de 1944

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
CASPE, 60, 2.º, 1.º. TEL. 24870
B A R C E L O N A

La devoción a la Eucaristía

EL CONGRESO EUCARÍSTICO DE BARCELONA: Sus fines principales y frutos que se esperan del mismo.

La devoción a la Eucaristía — Sacramento de Unidad — ha encontrado en nuestros tiempos, amantes de dar a sus sentimientos una expresión colectiva, un nuevo modo de manifestarse: los Congresos Eucarísticos.

Ante la inminente celebración del convocado en Barcelona, como en otras Diócesis de España, por su Ilmo. y Excmo. Señor Obispo, Dr. D. Gregorio Modrego Casaus, CRISTIANDAD se honra en divulgar este avance de los fines y frutos principales que se esperan del mismo, con la seguridad de interesar a la piedad de todos sus lectores, que encontrarán en ello, a la vez, orientación, consuelo y estímulo.

«Aunque en otro escrito pastoral habremos de exponer los fines principales y las intenciones especiales del Congreso, así como los frutos que del mismo esperamos, no queremos omitir, ya desde ahora, que serán, entre otros, los siguientes:

- a) *Reparación y desagravio por todos los sacrilegios y profanaciones de la Santísima Eucaristía.*
- b) *Acción de gracias por todos los beneficios otorgados a España por una especial y amorosa providencia de Dios.*
- c) *Efusión de amor y de Caridad, que por un lado restañe heridas pasadas, reconciliando a todos los españoles, y por otro haga sentir y practicar la cristiana solidaridad de los que pertenecemos al Cuerpo místico de Jesucristo y así haya generosidad entre patronos y obreros, ricos y pobres, para el logro de la más cristiana paz social y bienestar de todos.*
- d) *Un grito que penetre los cielos por la paz del mundo, si entonces todavía no ha brillado la hora dulce de la paz.*
- e) *En todo caso el Congreso ha de ser una fervorosa plegaria colectiva de la Diócesis para que el Señor saque bien de tantos males, dando a la sociedad un ordenamiento mejor en el que los hombres vivan como hermanos, como tales se ayuden y se aleje o evite totalmente la posibilidad de nuevas guerras internacionales y de luchas internas sociales o políticas. Acaba de decir el Papa: «Asistimos actualmente a uno de los mayores trastornos políticos y sociales que se han registrado en los anales del mundo, pero al cual va a suceder un nuevo ordenamiento, cuyo secreto está aún guardado en el consejo y en el corazón de Dios, pródigo regidor del curso de los acontecimientos humanos y de su terminación.» (Discurso a la Nobleza).*

Nuestras súplicas fervientes, las de los niños inocentes, las de las vírgenes consagradas al Señor, las de los sacerdotes, las de las almas santas, han de elevarse al trono de Jesús Sacramentado para mover su Corazón a que haga con su omnipotencia amorosa un mundo mejor en todos los órdenes.

En manos de la Virgen Santísima, a cuyo Corazón Inmaculado consagramos en mayo del año pasado la Diócesis, hemos de poner esas plegarias para hacerlas más eficaces.

Todos, con vuestras oraciones, con vuestro concurso en la forma que se os requiera y aun con vuestras espontáneas iniciativas, habéis de hacer ambiente favorable y preparar y disponer los medios convenientes para que el Congreso de Barcelona sea una asamblea digna del Señor Sacramentado y digna también, aunque enmarcada en el territorio de nuestra Diócesis, de figurar entre las más espléndidas manifestaciones eucarísticas internacionales de los últimos tiempos.

GREGORIO, Obispo de Barcelona.»



María, medianera de todas las gracias

por J. M. BOVER, S. J.

Si Inmaculada, también Medianera

El título dulcísimo de «Concepción Inmaculada» está indisolublemente unido a la grata memoria de Pío IX. Quizá nunca el pueblo cristiano ha recibido con mayor júbilo ningún documento pontificio que la Bula dogmática «Ineffabilis Deus», en que Pío IX define la Concepción Inmaculada de la Virgen María. Ahora bien, en esta misma Bula, el inmortal Pontífice enseña, aunque sin intención de definirla, la Mediación universal de la Santísima Virgen. De sus enseñanzas se colige una consoladora paridad entre la Concepción Inmaculada y la Mediación universal: paridad que puede expresarse en estos términos: *Si, por su inefable unión con Jesucristo, María es Inmaculada en su Concepción, por esta misma unión es Medianera universal.* Esta paridad deseamos ahora poner de manifiesto, por ser un argumento incontrastable de la Mediación universal de María: argumento que, a su valor intrínseco, junta la comprobación pontificia.

¿Por qué María fué Inmaculada en su Concepción? Entre todos los argumentos de Escritura y Tradición que en su Bula enumera Pío IX, el más poderoso, el que más ampliamente desenvuelve y más veces insinúa, es el de Segunda Eva, íntimamente asociada al Nuevo Adán, Jesucristo. Escuchemos las magníficas palabras del inmortal Pontífice:

«Los Padres y escritores eclesiásticos... al explicar las palabras con las cuales Dios, anunciando ya en los mismos principios del mundo los remedios de su misericordia preparados para la reparación de los hombres, rebatió la audacia de la serpiente engañadora y levantó maravillosamente la esperanza de nuestro linaje, diciendo: Pondré enemistades entre ti y la Mujer, entre tu descendencia y su Descendencia..., enseñaron que Dios, por este oráculo, mostró de antemano, clara y abiertamente, al misericordioso Redentor del linaje humano, a saber, al Unigénito Hijo de Dios, Jesucristo, y designó a su Santísima Madre, la Virgen María, y juntamente expresó y puso de relieve la indivisible enemistad de entrambos con el diablo. Por lo cual, así como Cristo, Mediador de Dios y de los hombres, habiendo tomado la naturaleza humana, borró el documento y decreto de nuestra condenación y lo clavó triunfalmente en la cruz, así también la Virgen Santísima, unida a El con vínculo estrechísimo e indisoluble, a una con El y por El, actuando su eterna enemistad contra la venenosa serpiente y triunfando plenísimamente de ella, con su pie inmaculado le quebrantó la cabeza.»

Veamos cómo de las palabras del Génesis colige el Pontífice la Concepción Inmaculada de María. La Virgen, dice, fué Inmaculada, porque su enemistad con Satanás fué perpetua, y su unión con Cristo fué estrechísima e indisoluble. Esto es, existen dos campos enemigos, irreconciliables: el de Satanás y el de Cristo, el del pecado y el de la gracia. Respecto del campo de Satanás, la Virgen estuvo en hostilidad perpetua, nunca militó en él: por eso estuvo siempre exenta de todo pecado; respecto del campo de Cristo, siempre estuvo de su parte, ni un instante militó contra El: por eso siempre participó de la gracia. Por tanto, si nunca en pecado, si siempre en gracia, Inmaculada y santa fué, necesariamente, su misma Concepción.

Tal es, en sustancia, la argumentación de Pío IX. Examinemos ahora si puede hacerse semejante raciocinio para deducir del Génesis la Mediación universal.

Los dos campos, de Satanás y de Cristo, no son sim-

plemente dos posiciones opuestas, dos símbolos, pasivos de significación contraria: son dos huestes en lucha encarnizada. De ahí que la situación de la Virgen respecto de estos dos campos no es simplemente pasiva: no se limita la Virgen a estar perpetuamente frente a frente de Satanás y de la parte de Cristo. La Virgen participa de la hostilidad y de la lucha. Contra la serpiente está continuamente actuando su eterna enemistad, triunfa constantemente de ella, quebranta su cabeza. Asociada a la obra de Cristo, participa de sus luchas y de sus victorias. En suma, la parte de la Virgen en la obra de Cristo contra Satanás no es pasiva, sino muy activa. Ahora bien, ¿cuál es, según el Pontífice, el carácter de Jesucristo en esta obra? El de *Mediador entre Dios y los hombres.* De ahí se sigue manifestamente que la Virgen, activamente asociada al Mediador, y unida a él con lazos estrechísimos e indisolubles, participa activamente de su mediación. Por esto, como la mediación de Cristo es inmediata y universal, inmediata también y universal es la mediación de la Virgen. Que no son dos mediaciones, sino una sola mediación, en la cual Cristo tiene la parte principal, porque El es quien pone todo su valor y mérito, y la Virgen tiene una parte secundaria, porque todo cuanto ella pone lo ha recibido de Jesucristo.

Dos cosas conviene advertir aquí, que harán ver la fuerza incontrastable de esta argumentación. Primeramente, es de notar cuán estrecha y absoluta sea la unión de la Virgen con Cristo, para que, en virtud de esta unión, la Virgen no haya estado un solo instante sin gracia. Para que esta unión pueda ser tan eficaz, es menester que no conozca límites: que si límites tuviera o pudiera tener, ya no sería legítima la consecuencia. Pues bien, semejante ausencia de límites ha de tener igualmente respecto de la mediación: poner límites sería aflojar esta unión y, consiguientemente, privar de un firme apoyo a la Concepción Inmaculada. Asociada, pues, ilimitadamente, la Virgen a la mediación de Jesucristo, necesario es que participe de su universalidad inmediata. Es, por tanto, universal e inmediata la mediación de la Virgen.

En segundo lugar, hay que advertir que esta aplicación que hemos hecho de la argumentación de Pío IX a la mediación universal, no es una mera paridad, como la hemos llamado al principio, sino una verdadera consecuencia «a fortiori», como dicen. Queremos decir que del pasaje del Génesis la mediación universal se deduce más directa y explícitamente que la Inmaculada Concepción. La razón de ésta que pudiera parecer paradoja es bastante clara. La fuerza de una y otra consecuencia está, según hemos indicado, en la estrecha unión de la Virgen a Cristo: la Inmaculada Concepción se deduce de la unión a Cristo como principio de santidad; la mediación universal, de la unión a Cristo como Mediador. Ahora bien, de estos dos oficios o caracteres de Cristo, el de Mediador, según la explicación de Pío IX, está más explícito y saliente que el de Santificador. Luego, en el pasaje citado del Génesis, la Virgen, por su unión a Cristo, aparece más visiblemente aún como Medianera universal que como Inmaculada en su Concepción.

Toda esta argumentación se confirmaría maravillosamente, si se considerase que, según San Pablo, el Segundo Adán es, precisamente en cuanto tal, Mediador universal. Pero no es menester, para nuestro objeto, salirnos de la bula «Ineffabilis Deus». Para concluir, notaremos que en la Bula, el inmortal Pontífice, después de reproducir la definición dogmática, como no cabiendo en sí de júbilo por haber proclamado Inmaculada la Concepción de María, prorrumpe en una fervorosa exhortación a

todos los hijos de la Iglesia, en la cual, realmente, les propone a la Virgen como Medianera universal en la economía de la gracia, y les alienta e impele a que acudan a su omnipotente valimiento e intercesión. Porque ella es la *Madre dulcísima de la misericordia y de la gracia en todos los peligros, angustias y necesidades... Que nada hay que temer, nada que desesperar, siendo ella nuestra guía..., nuestra protectora; ella, que, teniendo para con nosotros Corazón de Madre, y tomando a su cargo los negocios de nuestra salud, extiende su solicitud sobre todo el género humano..., y, colocada a la diestra de su Hijo Unigénito, Nuestro Señor Jesucristo, intercede potentísimamente con sus maternales súplicas.*

El corazón de la Medianera

«Uno es el Mediador entre Dios y los hombres; un Hombre, Cristo Jesús», decía San Pablo (I Tim. 2,5). Pero esta mediación del Nuevo Adán, lejos de excluir la mediación de la Segunda Eva, antes bien la reclama. Única es la mediación; pero la ejercen, si bien con títulos y méritos desiguales, el Nuevo Adán, como Mediador principal, y la Segunda Eva, como Medianera secundaria, asociada a Jesucristo. Jesucristo tiene en sí y de sí lo que le constituye Mediador; si la Virgen no lo tiene de su cosecha, mas al fin lo tiene, recibido de Jesucristo por asociación a la persona y a la obra del Mediador. Por esto, todas las gracias, si vienen de Jesucristo como de

fuelle, se nos comunican por manos de María. De ahí la importancia ascética de la devoción a la Virgen Medianera de las gracias.

Pero en la Virgen, lo mismo que en Jesucristo, la mediación es función del Corazón.

La mediación se ejerce por el sacrificio y por la intercesión. ¿Y quién, si no el amor de su Corazón, movió a la Virgen a sacrificarse con Jesucristo por los hombres y a interceder con Jesucristo por ellos?

Además, la mediación de María es mediación de Madre; y la madre mira por sus hijos y se sacrifica por ellos, impulsada y gobernada por el amor de su corazón.

De ahí que la devoción a María Medianera lleve naturalmente a la devoción al Corazón de María: como el amor y gratitud a Cristo Mediador se resuelve naturalmente en devoción a su Corazón amorosísimo. O, en otros términos: como la mediación de María es una expansión o derivación de la mediación de Jesucristo, así la devoción al Corazón de María es también una expansión y como complemento de la devoción al Corazón de Jesús. En este sentido podemos decir que, así como el Corazón de María, tan estrechamente unido y compenetrado con el Corazón de Jesús, forma con él el medio único de gracia y de Espíritu para los hombres, de la misma manera la devoción a entrambos Corazones es principio universal y fecundo de la vida espiritual y de la ascética cristiana.



ORANTE BLACHERNITISSA, bajo-relieve bizantino

(Del opúsculo «María, Madre de la gracia»)

FRAGMENTO DE "LOS PASTORES DE BELÉN" LOPE DE VEGA

Zagala divina,
bella labradora,
boca de rubíes,
ojos de paloma,
santísima Virgen,
soberana aurora,
arco de los cielos
y del sol corona:
tantas cosas cuentan
sagradas historias
de vuestra hermosura,
que el alma me roban:
que tenéis del cielo,
morena graciosa,
la puerta en el pecho,
la llave en la boca.

*Vuestras gracias me cuenta,
zagala hermosa,
mientras más me dicen
más me enamoran.*

Dícenme que sois
de las tres personas
el trono divino
en que asisten todas;
que ya el Padre Eterno
Hija suya os nombra,
el Hijo su Madre
y el Amor su Esposa;
que ya el vellocino,
de la tierra alfombra,
lloviendo las nubes

de perlas se borda.
Que tenéis guardada
en vos una joya
que de Dios el pecho
dignamente adorna.

Vuestras gracias, etc.

Que tenéis la cara
como cuando llora
sobre blandos lirios
la mañana aljófara;
que sois nieve pura
sobre quien deshojan
púrpúreos claveles
o encarnadas rosas.
Yo no sé quien sirve
hermosuras locas,
flores de la tierra
que la muerte corta,
y deja de amaros,
divina señora,
a cuya belleza
la luna se prostra.

Vuestras gracias, etc.

Cuéntanme que al templo
fuiste, niña hermosa,
cuyas quince gradas
las subistes sola;
que en él ofrecistes
para tanta gloria

casta vida y alma,
palabras y obras;
que aunque sois casada
la misma vitoria
tendréis hoy que antes
y después que agora
seréis Madre y Virgen,
porque os hizo sombra
el amor divino
de quien sois Esposa.

Vuestras gracias, etc.

A mi niño combaten
fuegos y hielos,
sólo amor padeciera
tan gran tormento.
Del amor el fuego
y del tiempo el frío,
al dulce amor mío
quitan el sosiego.
Digo cuando llego
a verle riendo:
— Sólo amor padeciera
tan gran tormento.
Helarse algún pecho
y el alma abrasarse
sólo puede hallarse
que amor lo haya hecho:
Niño satisfecho
de fuego y de hielo,
sólo amor padeciera
tan gran tormento.

PÍO IX

DEL "HOSANNA" AL "CRUCIFIGE"

DEL "HOSANNA" AL "CRUCIFIGE".—NEOGÜELFISMO, IRREDENTISMO, XENOFOBISMO.—GIOBERTI, BALBO, D'AZEGLIO.—LA PERFDIA SERPENTINA.—"SICUT AGNUS INTER LUPOS".
EL CONSISTORIO DE GAETA

Del "Hosanna" al "Crucifige"

En el claro atardecer del 17 de julio de 1846, un forastero que, recién entrado en la Ciudad Eterna, se hubiera dirigido a la popular encrucijada de «Le Cuattro Fontane», hubiera quedado admirado al ver turbada la plácida calma estival de la Urbe por una extraña algazara. Agitación, rumores, entusiasmos, acompañaban a los soldados o funcionarios encargados de fijar un Edicto singular, que promovía aquel movimiento, pronto extendido por toda Roma, desde los rincones bajos del Trastevere hasta los mismos muros del Quirinal.

Y fué cabe los mismos que aquel entusiasmo popular vino a estallar, entrada ya la noche, en medio del resplandor de hachas y cohetes, y al son de orquestas apagadas por descomunales e inusitadas ovaciones, obligando a una blanca figura a aparecer una y otra vez en el balcón principal de aquella pesada mole palaciega, y a dar reiteradas veces la bendición apostólica a la muchedumbre.

Aquella blanca figura era la del nuevo Pío, por la divina misericordia Papa Pío IX, recién exaltado al Vicariato de Cristo y, con ello, al Trono temporal de los Estados Pontificios, pacíficos y patriarcales, que se extendían desde la baja llanura del Po y las costas del Adriático, hasta las playas latinas del Tirreno.

Y aquel Edicto que de tal manera conmovía al público, era el «Motu Proprio» de amnistía de mil seiscientos conspiradores, desterrados y presos, a quienes el buen corazón del nuevo Pontífice y Soberano abría las puertas de la Patria y del hogar.

* * *

Las consecuencias de la Revolución francesa habían obligado a las Cortes europeas a establecer aquel sistema político de defensa, de conservación, que se llamó «la Santa Alianza». Entre sobresaltos y percances, venía sosteniéndola el astro decadente de Metternich, y — más o menos — a ella se habían adherido la mayor parte de los Soberanos de Europa. Como Rey temporal, el Papa anterior, Gregorio XVI, hubo de adaptar las líneas generales de tal sistema político, y la impiedad se había aprovechado para tachar de despótico y tiránico el espíritu severo y entero de tal Pontífice, y para acusarle de infeudación a Rusia y Austria. ¡La tiranía pontificia! Bien está que ella dé motivo a que, anualmente, Puccini recree ciertos oídos, al poner en solfa el libelo de Sardou, la «Tosca». Pero la Historia imparcial se ha encargado de desmentir tanto tópico y tanta calumnia.

Pío IX, el dulce Pastor; el Obispo Mastai-Ferretti, que en Imola consoló y aconsejó a no pocos descarriados, y al que — a semejanza de su Maestro — no le horrorizaba aceptar la hospitalidad de publicanos y pecadores (aquí representados por un Conde Pasolini, entusiasta ingenuo de las ideas liberales), quiso inaugurar su Reino y su Pontificado con un acto de clemencia: la Amnistía. ¿Fué un acto de buena política? ¿Fué un acto de prudencia? Los corazones paternos no reflexionan mu-

chas veces en ello, cuando de sus hijos se trata. Si el nuevo Jefe de los Estados Pontificios cometió un error político, lo absuelve sobradamente el que este hecho demostrase que el Vicario de Cristo tiene corazón humano. Y Pío IX lo tenía, y muy grande. Si ello acarreo catástrofes, también nos da derecho a proclamar que los Papas son hombres de gran corazón. Y esto vale más que todo.

Y la citada ovación de la muchedumbre, ante el Quirinal, fué su «Hosanna».

Pero, al igual que el divino Maestro, después de este «Hosanna», ¿oiría también el dulce Pío su «Crucifige»?

Neogüelfismo, irredentismo, xenofobismo

Inquieta andaba Italia en este decenio trascendental que empezó en 1840; inquietud provocada por aquella magna sedición y terremoto de ideas que había determinado ocho lustros antes, la invasión napoleónica, al introducir la Revolución en el mosaico de pueblos que constituían la península.

Estas ideas revolucionarias coincidieron con el profundo movimiento nacionalista que, iniciado en el siglo XVIII, se desarrolló en el siglo XIX, fomentado por las corrientes de unidad y de intercambio que originó el imperialismo napoleónico.

Desde Alfieri, principalmente, arrullada por la lira de sus poetas, tomaba vida la conciencia italiana, latente, en potencia, desde los tiempos del Dante y del Petrarca. Fóscolo, Manzoni y Leopardi fueron los que estructuraron mejor este sentimiento, este estremecimiento que recorría la vértebra del Apenino, desde el Alpe al remolino de Scilla. ¿No exclamaba el segundo, el genial autor de «I Promessi Sposi»,

*O stranieri, nel proprio rataggio
torna Italia, e il suo solo riprende:
o stranieri, strappate le tende
da una terra che madre non v'è...?*

En una tierra tan racialmente cristiana — el sedimento de diecinueve siglos no lo borra un vendaval revolucionario cualquiera —, no es raro que un sentimiento, que tenía, sin duda, gran parte de legítimo, adquiriese un matiz que casi podríamos llamar religioso: quizá románticamente religioso. ¿Era extraño que resurgiese, con el viejo atavismo antiteutónico, el recuerdo güelfo de las grandezas itálicas de los tiempos de Gregorio VII, Alejandro III — la liga lombarda — e Inocencio III, en que la Tiara era la mejor protectora de la libertad de las nacientes ciudades y repúblicas contra el Cesarismo germánico de Enrique y Federicos?

Así surgió un instinto de neogüelfismo, bien malentendido por cierto, que pretendía nada menos que colocar al Papa a la cabeza de una confederación de todos los príncipes italianos, liberando a la Península de influencias extrañas. ¿Quién podía prever que, con la futura unidad italiana, aquel neogüelfismo había de degene-

rar en un cesáreo neogibalismo itálico, que no había de contentarse hasta recluir al Papa, despojado y prisionero, en el Vaticano!

Pero, en el interín, la Península se estremecía toda ella. Al irredentismo liberador del reino lombardo-véneto, sometido entonces a la condición de provincia austríaca, había sucedido ya un xenofobismo integral. El grito que resonaba en todos los ámbitos — muy trasnochado, por cierto, aplicándose a los alemanes del Sur, tan cultos —, era éste: «Fuori i barbari!»

Las dinastías que reinaban en Nápoles y en los pequeños ducados — enfeudados a los Habsburgo —, eran aborrecidas como extrañas, y, por un fenómeno centripeto, las miradas de todos convergían hacia la dinastía de Saboya, que reinaba en el reino sardo, pequeño Estado, pero el único entre todos que, en el transcurso de los siglos, había demostrado una política propia y constituido una potencia, en verdad, no despreciable.

Gioberti, Balbo, D'Azeglio

Misteriosa predestinación la de este desconcertante reino de Cerdeña, cuyo origen, remontando al Medioevo, inicia una continuidad histórica admirable, un equilibrio entre constantes guerras. Desconcertante Estado, que abarca cosas tan dispares como la fría Saboya — de raza y lengua francesas —, el Piamonte, lo menos italiano, y Génova, lo más italiano de Italia. Y la gran isla que le da nombre, pobre y sin gran trascendencia.

De este reino salieron los tres «profetas» del «Risorgimento», los que transformaron la simiente de los poetas en política viva: Gioberti, Balbo, d'Azeglio.

El primero, abate que tanto dió que hacer por sus errores teológicos, dió mucho más que hacer aún por sus traposondas políticas, pues llegó nada menos que a primer ministro de Cerdeña. En sus obras político-religiosas descuellan el pérfido consejo al Papado, de prescindir de sus más fieles asistentes: las Ordenes religiosas, con la tendencia hacia la secularización, que, como es lógico, había de tener reflejo, principalmente, en el Piamonte. Su obra política capital, «Primato morale e civile degli italiani», coincidió, cronológicamente, con la del segundo «profeta», menos artero, César Balbo: «Le Speranze d'Italia», cuya resonancia fué universal.

Ambas obras proclaman la primacía italiana en todos los órdenes, y son un canto a la soñada independencia, que se coloca teóricamente bajo la presidencia del Papa («¡Quieren convertirme en un Napoleón, cuando no soy más que un cura de aldea!», exclamaba, con su natural simpatía, Pío IX); pero que, en realidad, se confía a la espada de la Casa de Saboya.

¡La Casa de Saboya! Era su jefe el entonces Rey, Carlos Alberto, de la rama de Carignano. No menos desconcertante que su Estado, era este Rey, antiguo conspirador, carbonario, a la vez místico, visionario, juguete de las sectas y objeto viviente de contradicción.

¡El antiguo príncipe de Carignano! Por él sufrió cruel prisión de quince años el Conde Confalonieri, la legendaria figura que magistralmente nos pinta Silvio Pellico en «Le mie prigioni». Objeto del odio de Metternich y de las esperanzas de cuantos querían unificar a Italia bajo la égida de un Rey que personificase liberalismo y patria, por él sufrieron muchos, de él se aprovecharon todos, y, al fin, los acontecimientos le arrastraron al abismo.

Mensajero de estos ideales fué Massimo d'Azeglio. Este político, personaje precursor de lo que diez años más tarde realizara Cavour, recorrió la Península, preparando aquella simiente tan compleja que albergaba, junto con el natural anhelo de patria y unidad, rebeldes ideas de libertinaje e irreligión y ponzoñas carbonarias largo tiempo contenidas. «Haced saber a vuestros amigos —

dijo Carlos Alberto a d'Azeglio, cuando éste regresó de su peregrinación — que la hora no ha sonado aún. Pero que, cuando llegue, mi vida, la de mis hijos, mis tesoros y mis armas, todo será sacrificado a la causa de Italia.»

La perfidia serpentina

Mucho se prolongaban ya las ovaciones, los «hosanna» en honor del Papa. Mucho se prolongaban para ser sinceros. No vamos a cansar al lector con su fastidiosa enumeración, pero basta hacer notar que llegaron hasta fin de año, y aun hubieron de ser reprimidos por las autoridades, hartas ya de que las bondades del Pontífice fuesen utilizadas como bandera de liberalismo y de revolución.

Andaba en ello la mano de Mazzini, el conspirador más consumado del siglo; inspirador de todas las asechanzas personales contra el Vicario de Cristo y de todas las ambiciones cuya meta era la posesión de la Ciudad Eterna.

Aquél, que, con la astucia de la serpiente, no tenía empacho en escribir, en 1847, a Pío IX — cuando éste creía del caso conceder libertades prudentes a su pueblo —: «Padre Santo: estudio vuestros pasos, animado de una inmensa esperanza... Confíad; fiaos de nosotros... Fundaremos para vos un gobierno único en Europa...»; mandaba, al mismo tiempo, las siguientes consignas a las sociedades secretas: «Aprovechad la menor concesión para reunir a las masas, aunque sólo sea con el objeto de demostrar gratitud. Fiestas, canciones, reuniones..., bastan para hacer brotar ideas, dar al pueblo la conciencia de su fuerza y hacerle exigente.»

Y llevaba su cinismo a continuar con estos consejos a sus huéspedes: «Hay palabras regeneradoras que contienen en sí todo lo que se necesita, y que no debéis dejar de repetir al pueblo: libertad, derechos del hombre, progreso, igualdad, fraternidad; esto lo entenderá perfectamente, sobre todo si, en oposición a esas palabras, se pronuncian estas otras: despotismo, privilegios, tiranía, esclavitud, fanatismo, reacción...» «Cuando un rey dé una ley liberal, aplaudidla y pedid la que va a seguir...»

Así se movía la serpiente, enroscándose en el tronco de Italia, como antaño en el árbol del Paraíso. Y la conjura rodeaba al Papado, y tendíale, insidiosa, su red.

«Sicut agnus inter lupos...»

«...Sicut agnus inter lupos.» Y así llegó el fatídico 1848, que presenció la revolución general europea, el segundo ensayo en gran escala, desde la satánica Revolución francesa. Que si fué inferior a ésta en sangre, no lo fué en trascendencia.

Y el Pontífice bueno se halló solo, terriblemente solo, ante el desquiciamiento general de Europa. Y al anterior «Hosanna», había sucedido la «Marsellesa» italiana, el «Scuoti, o Roma, la polvere indegna...», que las mismas masas de hacía dos años coreaban ahora bajo el mismo Quirinal, al compás de todas las subversiones y apostasías. ¡Había ya llegado la hora del «Crucifige»!

Austria se resquebrajaba ante la insurrección de Hungría y la de muchas de sus provincias; la Confederación germánica se conmovía terriblemente, gestando ya su futura unidad. En Francia, la revolución de febrero liquidaba a los Orleans. Ante la impunidad, Carlos Alberto desnudaba la espada e invadía el reino lombardo, mientras el embajador inglés, lord Minto, sostenía bajo mano todos los hilos de la enorme conjura, obedeciendo las instrucciones del gran director de la orquesta europea, lord Palmerston.

No queremos fatigar al lector con el relato de todas las vicisitudes que sufrió Pío IX, víctima de la demagogia triunfante. Fué inútil que, en el Poder, cada vez más secularizado, de los Estados de la Iglesia, desfilasen hombres como Mamiani, afectos a las ideas liberales, aun cuando gente de honor. Un hombre de corazón, antiguo carbonario, bien poco «sospechoso», por tanto, Peregrino Rossi, aceptó el honroso encargo del Pontífice, y, por breve tiempo, con entereza, dominó con mano de hierro a las sectas. Pero muy pronto, en una negra noche de noviembre, los puñales de la conjura se deshicieron del noble ex revolucionario, a quien el Vicario de Cristo calificó de mártir, con justicia. Y, por fin, amenazada ya su sacra persona — en tanto que el tremendo enredo llegaba a complicar a las mismas tropas pontificias en la absurda guerra del norte de Italia —, hubo de apelar Pío IX a la fuga, incluso para salvar su honor.

Los detalles de su evasión de Roma merecerían la extensión de un capítulo. Hubo allí de todo: un alma cristiana, la condesa Spaur; embajadores leales — allí brilló, por su fidelidad, la hidalguía española —; abnegados servidores. Fué en una noche oscura; peripecias en las posadas de las colinas albanas, en los relevos; disfraces y aventuras.

En esta ocasión, al dejar atrás los muros de Roma, Pedro no fué reprendido por su divino Maestro: «Domine, quo vadis?» El Maestro, esta vez, huyó con el Pescador, sacramentado, guardado en el mismo *pix* que llevó Pío VI — «Peregrinus apostolicus» — cuando fué arrebatado por las tropas francesas, cincuenta años antes. Mazzini, Saffi y Armellini, el triunvirato republicano que se adueñó de la Ciudad Eterna, pudo apuntarse este triunfo, que le fué negado al mismo Nerón.

El Consistorio de Gaeta

Al llegar al Estado de las dos Sicilias, presenció el conmovedor espectáculo de ver a su Rey, Fernando II de Nápoles — el mismo «rey bomba», como le llamaba la calumnia —, loco de contento, como un niño, ante el honor de hospedar a su Pontífice: «¿De dónde el honor de que el Vicario de Dios venga a mí?»

Gaeta, la plaza que la Historia reserva para tan grandes hechos, fué cedida por el piadoso monarca para que el Papa instalase allí su Sede espiritual y su Corte temporal. Y Gaeta fué luz en las tinieblas de aquellos dos

años agitados; hasta que, en 1850, ante el regocijo de todos los buenos romanos, hartos de tiranía republicana, regresaba el Pastor supremo a su Ciudad Eterna.

Gaeta y Portici, las dos residencias del Papa en el reino de Nápoles, presenciaron uno de los hechos más conmovedores de la historia eclesiástica: el Pontífice, despojado de toda su autoridad material, y revestido, en cambio, de una autoridad moral cada vez mayor, si cabe. Las Encíclicas, Breves y Decisiones pontificias que fecho en su destierro, llenarían un tomo; citemos sólo, como muestras de energía, la condenación de los errores de Gioberti y otros teólogos y filósofos, su conducta prudentísima ante la ley francesa de enseñanza en 1850, y otra vez su conducta enérgica en relación con las leyes Siccardi, que abrieron el reinado de Víctor Manuel de Cerdeña, el que más tarde había de hacer apurar, hasta las heces, la copa del dolor a Pío IX: «Crux de Cruce».

Pero el hecho más memorable de Gaeta fué la Encíclica del día de la Purificación, del 2 de febrero, recogiendo la tradición universal de la creencia del dogma de la Inmaculada.

Es extraordinario, humanamente hablando, que un soberano desposeído, que un Pontífice abrumado por el triunfo de la Revolución y preocupado por los avances del materialismo, que debía luego dominar prestigiosamente la segunda mitad del siglo XIX, sintiera lo que muchos calificaron de «preocupaciones» teológicas, y reivindicase el dogma que más desprecio, en apariencia, merecería de las luces del siglo y de los pueblos del Norte, de herencia protestante, «progresivos» y poderosos.

Pero este dogma — que el orgullo de la época no podía perdonar tuviese su plasmación en los sencillos altares azules do se postra la juventud — era, como muy bien dice Villefranche, «una respuesta triunfante a todos los errores del espíritu moderno. El dogma de la Inmaculada Concepción, aplasta definitivamente y pulveriza todos los sistemas racionalistas, que se niegan a admitir, en la naturaleza humana, ni caída ni redención sobrenatural. Así que la impiedad hubo comprendido todo esto, atacó furiosa lo que llamaba el «nuevo dogma», ostentando con este motivo su incapacidad e ignorancia. Sin que turbasen a Pío IX estos vanos clamores, prosiguió inalterable la obra que el Cielo le había inspirado, mostrándose firme en poner toda su confianza en una humilde Virgen, más bien que en los veleidosos votos de los pueblos o en la fuerza de los cañones.»

LUIS CREUS VIDAL

LA MANSEDUMBRE INVENCIBLE

EL CINISMO EN LA HIPOGRESÍA Y EL DERECHO DE LA FUERZA. — NAPOLEÓN Y CAVOUR. — LAS HORDAS GARIBALDINAS. — EL SACRIFICIO DE CASTELFIDARDO. — LA ENCÍCLICA Y EL «SYLLABUS»

En un claro de las selvas de los Vosgos, como huyendo de todo humano testigo, se hallaban, el 20 de julio de 1858, dos hombres departiendo quedamente. Habían dejado atrás, en un recodo del camino cubierto por las frondas, una carretela cuyos flancos ostentaban águilas imperiales y que conducían ellos mismos, como si todo cuanto hubiese que tratar exigiese no sólo la soledad de los hombres, sino incluso de las cosas. Lejos, quedaba, en un valle, un balneario, que hiciera famoso el capricho de la Reina Hortensia, pero que iba a hacerse aún más célebre a causa de aquella enigmática entrevista.

Gravísimos y trascendentales debían ser los asuntos que trataban los conspiradores, a juzgar por las precauciones de que rodeaban su conversación, que parecía desarrollarse bajo el misterio que emana de los propósitos tenebrosos y la zozobra inseparable de todo desigmo que roza el crimen.

Y así era, en efecto. Tratábase, nada menos, que de alterar profundamente el mapa de Europa, que subsistía, a la sazón, aproximadamente, tal como lo había dejado el Congreso de Viena. Los efectos de la gran Revolución de 1848, aparentemente sofocada dos lustros atrás, iban a empezar a registrarse en la geografía.

Quizá ambos conspiradores — démosles este nombre sin rebozo — ocultaban mutuamente sus designios. Ambos eran de pequeña estatura. Uno de ellos, taciturno y con una perilla que ridiculizaba la prensa — entonces demasiado libre — de todo el mundo, quizás se contentaba con poco. Francia ayudaría al Piamonte a extenderse hasta el Adriático, expulsando al austriaco hasta más allá del monte Nivoso, donde la lengua del Dante deja de resonar. En pago, el reino sardo — que se componía del Piamonte, Saboya y Cerdeña, como es sabido — debería cederle Saboya y Niza, de raza y lengua francesa, la primera, para mayor gloria del segundo Imperio. No había, por tanto, empacho, por parte del rey de este último Estado, de comerciar con la misma casa solariega de sus mayores, en aras de su ambición.

Más lejos iba — seguramente sin expresarlo — su interlocutor, hombre vivaracho, simpático, de grandes patillas, y a través de cuyas antiparras brillaba la luz del genio: su oculto plan era utilizar inicialmente a Francia como «mingo» para derrotar al austriaco — contra el que Cerdeña, según se había demostrado en 1849, nada podía sola —; y, una vez excluida su tutela, ir por caminos rectos o torcidos, a la unidad — léase conquista — de Italia, aprovechando la debilidad material de los demás Estados, cuya anexión a un Piamonte dispuesto a todo y ayudado por el omnipotente Segundo Imperio Francés, no era dudosa.

Poco tiempo necesitaron ambos interlocutores para llegar a un acuerdo, por más que en él las provincias — y con ellas la tradición y la sangre de los Manuel Filiberto y los Príncipes Eugenio — fuesen objeto de trueque, como de mano de verduleras. Porque el primer conspirador del bosque era nada menos que Napoleón III, César de los franceses, recién vencedor en Crimea, y en el cénit de su poder, pero «sembrando vientos», laborando entonces, inconscientemente, por su perdición, que doce años más tarde, como fatal consecuencia de sus propios hechos, había de culminar en Sedán al «recoger las tempestades». Y el segundo — el inquieto interlocutor de las patillas y mirada de genio — era, también, nada menos que el conde Camilo Benso de Cavour, primer ministro constitucional de Su Majestad sarda Víctor Manuel II, venido expresamente de Turín al balneario de Plombières, para coronar la labor a que había consagrado toda su vida desde que el Piamonte fué arrollado en Novara por Austria: la unidad de Italia.

* * *

El proyecto de Napoleón y de Cavour se realizó íntegramente. Por lo que al primero respecta, más que íntegramente. Luis Napoleón Bonaparte, sobrino del gran Corso, antiguo carbonario, amenazado, aun en el Trono, por sus compañeros y objeto constante de atentados hasta la coronación de sus designios, arrastrado por ellos, por la secta, vió sus tropas, ya que no él, triunfantes de Austria en Palestro, Montebello y Magenta. El 8 de junio de 1859 entraba él, el sobrino, el «chico», en Milán, al lado de Víctor Manuel.

El 24 del mismo mes, la nueva batalla de Solferino coronaba la victoria, que obligó a pedir la paz al entonces joven Francisco José.

Bello ideal, ciertamente, éste de la unificación italiana, si se hubiese desarrollado por medios justos y respetando la integridad del patrimonio de San Pedro, magnífico holocausto que el «Rissorgimento» del país, al que la Providencia confiara la misión de ser cuna geográfica de la Iglesia, debía ofrecer al Dios que tan pródigo había sido con aquél. Pero ideal mancomunado, por desgracia, desde el primer momento, a todos los oscuros designios de las sectas; ideal pervertido hasta personificarse en vivo símbolo de las libertades de perdición del si-

glo XIX, y bandera de todos los odios al Vicario de Cristo y a su Sede. Ideal que creyó poder «servirse» de la Revolución, nada más que hasta un cierto punto.

Pero con la Revolución no se pacta ni se juega.

En la Península se gestaba su obra maestra, y sus medios eran los proporcionados: la alevosía, la falacia y la traición.

El movimiento, que la historia convencional nos ha presentado como un irresistible y espontáneo anhelo patriótico, y cuya realidad fué bien distinta, comenzó por los ducados del Norte, que la Revolución fué uniendo, mediante «plebiscitos», al Piamonte — no olvidemos que nos hallamos en la patria de Maquiavelo — que, con la excusa de imponer el orden turbado por los acontecimientos, invadió los Estados Pontificios. Cavour fingía dimisiones, Víctor Manuel se indignaba ante tales atropellos y desacatos; pero, al fin, acababan por sacrificarse. La «voluntad» de los pueblos «lo exigía», y entre suspiros se ahogaban los escrúpulos.

Pero la verdadera unión de Italia reclamaba la de los territorios geográficamente más importantes: además de los de la Iglesia — por lo menos los adriáticos —, en el centro, los del reino de Nápoles, que representaba todo el Sur.

Para ello, ante un Napoleón III aturdido y, quizá, ya agobiado por prematuros remordimientos, Cavour se apresuró a consumir el *marchandage* estipulado. En el Tratado de 24 de marzo, el reino sardo saldaba con sospechosa diligencia sus deudas, cediendo, siempre sin olvidar púdicamente los indispensables «plebiscitos», la Saboya y Niza.

— *Nous voilà des complices!* — exclamó Cavour, frotándose las manos. Y lo dijo en francés, porque el fundador de la nueva Italia, como buen piamontés del Norte, casi desconocía la lengua del Petrarca.

Por el contrario, el César de Francia, en cuyas venas corría la sangre corsa, es decir, italiana, exclamó en ésta su propia lengua:

— *Fate. Ma fate presto.*

Fué éste un eco, inverso y sacrilego, de palabras análogas, pronunciadas por una boca divina: «Y después que tomó éste el bocado, se apoderó de él Satanás; y Jesús, con majestuoso desdén, le dijo: "Lo que piensas hacer, hazlo pronto".» (Ioh. C. XIII.-27). «El, luego que tomó el bocado, salió; y era ya de noche.» *Erat autem nox* (Ioh. c. XIII.-30).

* * *

Actuaron *presto*. Realmente *presto*.

Una noche de primeros de mayo zarparon unos mil «héros» en una expedición impunemente preparada en Génova por Garibaldi, el guerrillero y alborotador, sin que «oficialmente» supiese nada Víctor Manuel, que, al mismo tiempo, osaba dar todo género de seguridades al último Borbón, Francisco II, rey de Nápoles, sobre la lealtad de sus intenciones. Más impunemente aún, fué custodiada por la omnipotente escuadra inglesa, contra la que bien poco podían los débiles buques de guerra napolitanos. Palmerston cumplió bien lo prometido.

La expedición de Garibaldi por Sicilia y las Calabrias, preparada por la masonería, fué un simple paseo militar. Mucho se ha escrito sobre el color pintoresco de la gesta, pues — junto a su enorme trascendencia histórica — tuvo mucho de opereta y de tartarinada.

En la tierra de Fra Diavolo no podía faltar la nota extraña y supersticiosa del monje revolucionario, que diese el color indefectiblemente religioso — positivo o negativo — que informa sin remedio todas las peripecias de nuestros pueblos latinos.

Al encuentro de Garibaldi y de sus hordas, salió un fraile franciscano, con un Cristo en una mano y un pistolón en la otra. Se llamaba Fra Pantaleo. De rodillas

8 PLURA UT UNUM

ante Garibaldi, en medio de aquella decoración de olivos y montañas, exclamó:

— Dios mío, gracias te doy por haberte dignado hacerme vivir en los tiempos en que debía venir el Mesías de la Libertad. Por él juro morir. Sí, mi Dios. Yo juro combatir hasta la muerte para que Sicilia quede libertada del despotismo de la Monarquía y la superstición.

No extrañará al lector que tan flamante ejército, que tal horda triunfase solamente gracias a la complicidad general de la labor de las logias, y que las escasas tropas leales a Francisco II la pusiesen aún en un aprieto en el Volturno, cuyo nombre ha vuelto actualmente a tronar, y la obligasen a estacionarse meses enteros ante los muros de Gaeta, donde el Monarca y los suyos salvaron el honor.

* * *

No fué opereta, en cambio, la invasión de los Estados Pontificios.

Ya que de honor hemos hablado, allí escribió esta virtud su última palabra, en la historia de Europa. Allí fenecieron los últimos caballeros.

No mil bellacos tartarines, sino muchos miles de docenas de soldados regulares piemonteses, con modernos pertrechos, al mando de Cialdini, estaban acumulados, en septiembre de 1860, en la recién arrebatada Romaña.

Fundaba el gobierno subalpino tal determinación, en los desórdenes — fomentados por él mismo — que se desarrollaban en los Estados Pontificios. Pero el verdadero designio era la conquista de éstos, por lo menos en lo necesario para abrir un ancho pasadizo que uniese el Norte y el Sur de Italia, así como acudir a consumar la conquista del reino de Nápoles, a duras penas conseguida por Garibaldi.

Contra tal amenaza, el buen Pontífice Pío IX había organizado un pequeño ejército voluntario, desdeñosamente calificado por la impiedad de «mercenarios del Papa». Fué ofrecida su jefatura al soldado más ilustre del siglo, al general Lamoricière, el vencedor de Alger, que aceptó el cargo.

Es conmovedor leer cómo Dupanloup canta la aceptación de este valeroso varón — cuya rectitud le había conducido, buscando a su Dios, a la verdadera Fe — a una jefatura cuyo fracaso humano estaba asegurado. Era oponerse, con un puñado de voluntarios, muchachos de nombres ilustres — su lista, según frase feliz de la época, parecía la de los invitados a un baile en Versalles, en la época de Luis XVI —, a la invasión arrolladora. Diez contra uno. «Se trataba de pasar por hombre ligero a los ojos de los prudentes; por faccioso, a los ojos de los políticos; por un jefe aventurero, a los ojos de los militares; combatir sin esperanza y morir sin gloria.» «Nunca habéis sido vencido, y lo seréis», le decían. «¡Qué importa! La causa lo vale. Veo un Padre al que arrebatada la corriente; este Padre me tiende la mano, y ¿tendría valor para vacilar?»

Castelfidardo fué la página gloriosa. Diez contra uno, y sólo a duras penas lograron los piemonteses — digamos ya las tropas italianas — vencer a aquel puñado de héroes. Allí sucumbió el general de Pimodan, nuevo Bayardo, y por causa mucho más grande que la del «caballero sin miedo y sin tacha». Pudo, al caer, dar el grito que, en verdad, encierra el secreto infalible de nuestra definitiva victoria: «¡Dios no muere!».

Y aún la resistencia prolongóse en Ancona. ¡Si siempre la nobleza de la vieja Europa hubiese cumplido como lo hicieron aquellos muchachos de entonces, sus últimos representantes!

Con harto trabajo, y por encima de esta generosa sangre, Víctor Manuel logró pasar, anexionando las Marcas y la Umbría. Y, al entrar en el reino de Nápoles, recibió por fin el saludo, como nuevo rey de Italia, de parte de Garibaldi. Que equivale a decir: de parte de la Secta universal.

Russell y Palmerston sancionaron, en nombre de la Inglaterra victoriana, este nuevo plebiscito de los pueblos.

Y, entre tanto, las caricaturas de todos los libelos del mundo se ensañaban con el cardenal Antonelli, mientras Pío IX coronaba esta su segunda etapa hacia el Calvario, justificando una vez más su divisa: *Cruz et Cruce*.

Alboreaba el año 1861. En Prusia, ascendía al trono Guillermo I, a quien la Providencia destinaba para primer Emperador de Alemania, y vencedor, en Sedán, del César de Francia, del conspirador de Plombières.

Poco después fallecía, en Turín, centro motor de todo, la ciudad de los Santos y de los sectarios, llena de misterio, el conde Camilo Benso di Cavour. *Libera Chiesa in libero Stato*, fueron sus últimas palabras, resumen del pensamiento liberal de su siglo.

* * *

Non possumus, eran las del Pontífice.

El *Non possumus* fué el perpetuo martillazo dado, como pesadilla, sobre la conciencia de los hombres, en este trascendental siglo XIX.

No era el dolor por la expropiación material, sino, principalmente, por lo que ésta imbolizaba y significaba.

Como Pedro ante Nerón, y Gregorio VII ante Enrique IV, Pío IX reivindicó para Dios lo que era de Dios. Y su intransigencia fué aquí tanto más necesaria cuanto que la Impiedad — el lobo vestido de piel de cordero — supo «camuflarse» con una habilidad refinadísima, jamás lograda. Se trataba, nada menos, que de palabras tan anchas y tan grandes como «libertad», «progreso» y «luces del siglo». Y se trataba de reivindicar, para la Iglesia, su propiedad y su patente, demostrando que, por el contrario, el orgullo y la oscuridad era lo que ocultaba la bandera liberal que sus enemigos utilizaban para cubrir con ella una mercancía adulterada.

Este es el fondo del gran «escándalo» del siglo XIX: el *Syllabus*, resumen de los principales errores modernos, comprendido en la inmortal Encíclica *Quanta Cura*.

Es el *Syllabus*, sencillamente, una enumeración de errores, viejos, la mayor parte de ellos, como los más viejos enemigos de la Iglesia. Con su griterío y algarrabía, tales enemigos quisieron presentarlo como un monumento de intolerancia y atraso. Y, sin embargo, nada hay en él que no sea evidente a todo quien admita, sencillamente, la honrosa y natural sumisión del hombre a Dios.

Dice muy bien Villefranche: «Acusóse al Papa de turbar la paz del Mundo. Sí: indudablemente, la turbaba, como turba el centinela el reposo, como lo hace el médico con el enfermo, introduciendo el escalpelo entre las carnes vivas y las gangrenadas.»

Non possumus, replicaba Pío IX a las pretensiones del error. Apoyada esta santa intransigencia, en medio de épocas tan calamitosas, y rodeada de enemigos, la Ciudad Santa inició la admirable renovación de los modernos tiempos. Aun cuando a distancia infinita, Pío IX, *Cruz de Cruce*, crucificado como su Maestro divino, comunicó a su Rebaño la fecundidad sin límites que solamente es patrimonio del dolor.

M. TOMASINO.



EL "SYLLABUS"

SU RAZÓN Y OPORTUNIDAD

«Se parte siempre de la hipótesis del materialismo, y los hombres más sensatos se entregan a menudo a la corriente sin darse cuenta de ello. Si este mundo lo es todo y el otro nada, bien está que se oriente todo hacia el primero y nada hacia el segundo. Pero si la verdad es todo lo contrario, entonces es necesario también adoptar la orientación contraria.»

DE MAISTRE

La ciudad de Dios y la ciudad del Mundo, dos lógicas en oposición ante el fallo de Pío IX

Dos concepciones del hombre y de la vida se hallan frente a frente: la concepción sostenida por la Iglesia y la sostenida por la moderna civilización.

La Iglesia, *Ciudad de Dios*, con una «lógica exacta» (1), que sus enemigos reconocen y que sus hijos admiran como signo que es de la mano y de la asistencia divina, ha ido desarrollando — es decir, poniendo en luz cada vez más clara — el depósito dogmático que su Fundador le ha confiado.

Paralelamente, la *Ciudad del Mundo*, con una lógica no menor, y que revela asimismo la mano de su Príncipe, desarrolla por su parte los principios de la Revolución.

Entre una y otra concepción, media un abismo infranqueable (2). Ni la astucia de la Ciudad segunda ni la caridad de la primera pueden disimularlo. Por esto, el *tercer partido*, que cree todavía posible echar un puente sobre sus riberas, ve fracasar irremisiblemente todos sus esfuerzos.

Tal es la situación del problema «teocrático» en el momento en que Pío IX, ante las constantes y cínicas provocaciones del enemigo en el terreno teórico y en el político, lanza con el *SYLLABUS*, su declaración de guerra (3): la proposición que afirma que «el Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, con el liberalismo, y con la civilización moderna», es condenada, junto con otras setenta y nueve proposiciones, extraídas, lo mismo que ésta, de diversas «alocuciones consistoriales, encíclicas y otras cartas apostólicas».

Tradición viva o lenguaje muerto. El reto del «Pontificado agonizante» al mundo moderno

Con la Bula *Unam sanctam*, de Bonifacio VIII, y la Bula *Unigenitus*, de Clemente XI, la Encíclica *Quanta Cura*, de Pío IX, acompañada del *Syllabus*, es uno de los tres actos pontificios que han agitado más profundamente a la opinión pública en el curso de los siglos.

En la Bula *Unam sanctam*, los legistas se han complacido en mostrar la intromisión del Pontificado en la autoridad legítima de los Reyes; en la Bula *Unigenitus*, los Jansenistas han pretendido ver una separación res-

pecto de la Iglesia primitiva; en la Encíclica *Quanta Cura* y en el *Syllabus*, los liberales del siglo XIX han denunciado el anatema lanzado a la civilización moderna y a la libertad de los pueblos (1).

Y, sin embargo, la doctrina publicada por el Pontífice el 8 de diciembre de 1864, a los diez años de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, no era una doctrina nueva, sino que continuaba la tradición de sus predecesores y de sus anteriores documentos. Pero las mismas circunstancias que dieron ocasión a su publicación habían excitado los espíritus; por otra parte, el tono de este documento es más cálido que el de los anteriores; y, finalmente, la precisión del *Syllabus*, que recoge ordenadamente sus ochenta proposiciones, dió a este documento una importancia excepcional.

El campo enemigo recogió el desafío, y publicó a los cuatro vientos su confianza en la victoria; el *Syllabus* es «el reto supremo lanzado al mundo moderno por el Pontificado agonizante»; el Pontífice «no comprendía que hablaba a una sociedad viva en un lenguaje muerto; y creyó en la posibilidad de retornar, si no por medio de la reflexión, por una especie de milagro, a los ideales y creencias de un pasado que había muerto y desaparecido de la memoria de los hombres».

Los católicos se sometieron todos a las enseñanzas pontificias; aunque los que habían creído posible contemporizar con los principios liberales (Congreso de Malinas: Montalembert intenta «bautizar» la fórmula de Cavour: «La Iglesia libre en el Estado libre») han de superar una verdadera crisis interior. «Nunca olvidaré — escribía, veinte años más tarde, Monseñor de Hulst — la sorpresa, la emoción, la inquietud que me produjo la lectura de este documento doctrinal. Vi claramente que debía modificar algo en mi concepción de la Sociedad... El recuerdo de esta evolución interior no se borrará nunca de mi espíritu. Empezada en la tristeza y en la turbación, terminó en la alegría y en la paz...»

La raíz común de las proposiciones del «Syllabus»:

a) ¿Maniqueísmo o Panteísmo?

¿Cuál es el contenido del *Syllabus*?

A primera vista aparece como un agregado de proposiciones diferentes, agrupadas en diversos capítulos, según su mayor o menor afinidad, pero sin más unidad interior que la de oponerse de modo más o menos visible a la doctrina de la Iglesia. Su profunda unidad radical cuesta bastante de descubrir.

Y es que, para ello, precisa remontarse bastante arriba, en el terreno de los principios. No es suficiente destacar un grupo u otro de proposiciones y darles el lugar

(1) Mourret, H. G. de l'Eglise. (T. VII, pág. 492).

(1) «Historia del Mundo en la Edad Moderna».—Cambridge.

(2) «...y el Pontífice vió con entera claridad y fundamento que esa Sociedad «moderna» se inspiraba en una idea de civilización distinta de la de la Iglesia. No había manera de tender un puente en el abismo que separaba a estos dos criterios». (Id. Id., vol. XX, pág. 556).

(3) «La Encíclica «*Quanta Cura*» fué una declaración de guerra contra las ideas, libertades e instituciones modernas. El «*Syllabus*», que le servía de complemento, especificó sus principales afirmaciones. Sus censuras no eran nuevas, sino que estaban tomadas de anteriores encíclicas, alocuciones y letras apostólicas. Lo nuevo estaba en el énfasis, en la repetición y en el tono más autoritario. Varios teólogos de nota no vacilaron en calificarlo de infalible...». (Id. Id.).

central, porque todas tienen la misma importancia y son igualmente representativas.

¿Dónde está, pues, la raíz común, el principio primero, en el que todas ellas coinciden?

El orgulloso sectarismo de la Historia publicada por la Universidad de Cambridge no es un obstáculo, antes al contrario, para exponerlo magistralmente:

«Mientras Antonelli maduraba sus proyectos, encaminados a sacar a salvo el poder temporal, el Papa preparaba una serie de definiciones dogmáticas, que comenzaron en 1854 con la definición de la Concepción Inmaculada de la Virgen y, pasando por la Encíclica *Quanta Cura* y el *Syllabus*, que vino a ser su complemento (1864), terminó, por entonces, al menos, con la promulgación de la Infallibilidad pontificia en 1870. Para apreciar la actitud de la Iglesia con respecto a las conclusiones históricas, teológicas y políticas que implican las definiciones mencionadas, es necesario tener presente ciertas afirmaciones fundamentales del catolicismo. La filosofía católica está claramente definida, y ha sido llevada a sus últimas consecuencias por la lógica de pensadores especulativos, que en agudeza y penetración no ceden a los de ninguna escuela. Esa filosofía parte de un dualismo sutil tomado de la filosofía griega de los últimos tiempos y, especialmente, del neoplatonismo; establecióse una severa y rígida distinción entre Dios y el universo creado, entre el espíritu y la materia, entre la Iglesia y el mundo. En ese concepto, *faltan las nociones de inmanencia y de evolución: las dos fuerzas luchan, una frente a otra, y son distintas y opuestas*. El razonamiento fundado en tales premisas se desenvuelve con todo rigor. Una de las mencionadas fuerzas desempeña el papel de directora y gobernante, la otra la de gobernada y dirigida; y en medio de una incuestionable supremacía, *no puede haber paz ni tregua entre las dos*. De aquí nace, de una parte, la idea ascética y, por otra, la teocrática. No solamente la sanción divina protege las enseñanzas de la Iglesia, sino también las personas de sus ministros, sus privilegios y sus posesiones. Todo atentado contra esta sanción constituye sacrilegio; invadir el territorio pontificio o eclesiástico son cosas equivalentes a resistir a Dios.» (Op. Cit. XX, página 550.)

¿Será fatigoso al lector analizar brevemente este fragmento? La tesis de la «Historia del Mundo en la Edad Moderna», de la Universidad de Cambridge, es la siguiente: la posición de Pío IX, si bien falla en el terreno histórico, es lógicamente irresistible. Sus adversarios dentro del catolicismo no tienen medio de sustraerse a sus conclusiones.

Las últimas líneas del fragmento que reproducimos, así como los pasajes en que enumera las proposiciones principales del *Syllabus*, intentan explicar malévola y las intenciones del Pontífice, como un recurso desesperado para salvar sus propios privilegios y los del Clero. Su exposición general es clara, precisa; insinuante cuando es necesario, siempre sin careta.

Fijémonos, sin embargo, únicamente en las líneas que hemos subrayado. En la concepción católica del mundo y de Dios, del espíritu y de la materia, del Estado y de la Iglesia, *faltan las nociones de inmanencia y de evolución*. Se reprocha a la Iglesia Católica, por lo mismo, el no haber cedido a la corriente panteísta que arrastraba al mundo protestante, y que el movimiento modernista (que Pío X deberá cortar en 1907) intentó incorporar al catolicismo.

Se reprocha a la Iglesia el no ser panteísta: y, en una argumentación tan aguda como sofisticada, se insinúa que cae, por esta razón, en un maniqueísmo: *Las dos fuer-*

zas luchan, la una frente a la otra, y son distintas y opuestas; no puede haber paz ni tregua entre las dos. De aquí nace, por una parte, la idea ascética y, por otra, la teocrática...»

No puede haber falsificación más descarada del pensamiento católico; no puede haberla, seguramente, más hábil.

b) El principio teocrático, el ascético y el ultramontano. Roma, modelo de continuidad

La concepción católica del equilibrio y de la vida del universo son presentadas, en el texto que venimos analizando, como resultado no de la armonización, sino de la contraposición de fuerzas opuestas; la dirección y gobierno que debe ejercer Dios sobre el universo creado, el espíritu sobre la materia, la Iglesia sobre el mundo serán un «imperio despótico», necesariamente violentador de la manera de ser del principio opuesto.

Dios, imponiendo su ley al universo, a pesar del universo: esto es el *principio teocrático*; el alma imponiendo su ley al cuerpo, a pesar del cuerpo: esto es el *ascetismo*; la Iglesia imponiendo su ley al mundo, a pesar del mundo: esto es el *ultramontanismo* que ha adoptado Pío IX. No son de extrañar, entonces, frases como ésta: *El absolutismo en la Iglesia, que es la esencia del ultramontanismo, no puede armonizarse con la libertad del Estado*.

Y esta posición no es una novedad traída por Pío IX, es la esencia del catolicismo. El pontificado, en efecto, ha desarrollado su pensamiento con una continuidad absoluta: «Roma, al menos, nunca había sancionado las reclamaciones especiales a que no pocos de sus defensores habían dado su consentimiento. En todas partes había seguido una conducta notable por su consecuencia, poniendo en práctica sus principios dondequiera y en la medida que fué necesario hacerlo, y tolerando a lo sumo la violación de los mismos, no sin hacer las correspondientes protestas y sin esperar ni trabajar a la vez para que llegaran tiempos más favorables.»

El catolicismo liberal y la conciliación imposible

Una nueva conclusión extraordinariamente interesante se presenta al espíritu leyendo la «Historia de la Universidad de Cambridge», y que podría resumirse así:

El catolicismo liberal, el catolicismo conciliador que en el Concilio Vaticano será «anti-oportunista», no es tenido en cuenta por nuestros enemigos en el momento en que tratan de definir el verdadero sentir del catolicismo. Es lo que preveía Luis Veuillot: «La Revolución es más justa con ellos que ellos mismos. Los adivina católicos, y les hace el honor de no creerlos cuando intentan convenecerla...» Y es que había llegado el momento de las posiciones absolutas:

«En circunstancias ordinarias, la moderación y el buen sentido apelan al expediente de un *modus vivendi*. Los hombres no siempre son consecuentes y se abstienen de sacar conclusiones demasiado atrevidas de las premisas a que asienten o creen asentir. Pero subsisten las divergencias esenciales; y cuando en determinados casos se ponen de manifiesto, muchos que no quisieran arrostrarlas ni estaban preparados para hacerlo, se ven forzados a optar por una alternativa. *Hablase llegado al punto de bifurcación de dos caminos*; era preciso retroceder o seguir adelante; y Pío IX impuso deliberadamente al mundo católico la alternativa mencionada.»

Tal es el punto de vista de los historiadores liberales de la Universidad de Cambridge.

La última de las proposiciones condenadas. La civilización condenada y la civilización moderna

El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, con el liberalismo, y con la civilización moderna (Syllabus, proposición 80).

Tal es la última proposición del *Syllabus*, la que, en cierto sentido, lo resume y compendia. ¿Cuál es el significado verdadero de esta proposición?

El siglo XIX fué el siglo del *progreso técnico* por excelencia. «Hasta entonces, productores y comerciantes habían tenido que contar con las fuerzas más simples de la naturaleza, tanto en el transporte de las mercancías como en su consecución y elaboración. La madurez lograda por las ciencias matemáticas y físico-naturales, hizo posible la realización práctica de los principios y leyes obtenidos en los laboratorios después de dos siglos de experiencias. El hombre sujetó a su servicio nuevas fuentes de energía, cuyo rendimiento era infinitamente superior a la mano de obra humana; los procedimientos mecánicos industriales fueron perfeccionados y difundidos de tal modo, que la máquina sustituyó de hecho al obrero en todo el proceso de la producción; el desarrollo de la química permitió el acrecentamiento de los productos naturales y aun su obtención artificial. En todas partes, la fabricación, transporte y venta de productos aumentó en número, velocidad y uniformidad. Lo artificial venció a lo natural, la cantidad a la habilidad, lo positivo a lo personal. Tales fueron los resultados de la transformación maquinista en la vida económica.» (1)

La aparición de la técnica moderna había despertado grandes esperanzas (Saint Simon, Comte); también despertó grandes odios. El hombre se sintió aprisionado por la máquina. Se intentó, incluso, destruir la máquina. Esta concepción llegó a popularizarse en el cine mismo (2).

Fácil es prever que el pensamiento del Papa no estará situado en esta corriente. No; Pío IX no condenará, retrogradamente, el progreso técnico; como no condenará la elevación de las clases populares a la libertad política, ni la ascensión del pueblo todo a formas más elevadas de cultura. ¿Cuál es, pues, esta «civilización moderna» a la que el Papa se opone?

Será lo mejor (y con esto concluiré el presente artículo) dejar al Pontífice mismo la explicación auténtica de sus propias palabras:

(1) Jaime Vicens Vives. «Historia General Moderna». Pág. 512. (Barcelona: Montaner y Simon, 1942).

(2) (Recordar: Charlot, «Tiempos modernos»).

«Al paso que esta *civilización moderna* favorece todos los cultos no-católicos; al paso que abre la entrada de los cargos públicos a los mismos infieles, y cierra las escuelas católicas a sus hijos, se ensaña contra las comunidades religiosas, contra un gran número de personas eclesiásticas de todas las categorías y aun contra distinguidos legos que, de nodadamente, han defendido la causa de la Religión y de la justicia. Al paso, finalmente, que deja entera libertad a todos los discursos y escritos que atacan a la Iglesia..., al paso que excita, nutre y fomenta la licencia...» «Emplea todos sus esfuerzos en disminuir la autoridad saludable de la Iglesia.» «¿Y podría el Romano Pontífice tender una mano amiga a este género de civilización y celebrar con ella una cordial alianza? Llámese a las cosas por sus nombres, que esta Santa Sede será consecuente en sus posiciones. *Ella, en efecto, fué constantemente la protectora y sostenedora de la verdadera civilización*: los monumentos de la Historia, elocuentemente atestiguan y comprueban que, en todos los siglos, la Santa Sede ha sido quien ha hecho penetrar en los países más lejanos y más bárbaros del universo la verdadera y justa suavidad de costumbres, la instrucción, la ciencia. Pero si con el nombre de «civilización» quiere entenderse un sistema inventado *precisamente* para debilitar, y quizá también para acabar con la Iglesia de Cristo, jamás podrán conformarse con semejante civilización la Santa Sede y el Romano Pontífice.» (1)

La «CIVILIZACION VERDADERA» y la «CIVILIZACION MODERNA». La primera, la civilización católica, intenta fundarse en la ley de la Iglesia. La segunda, la civilización liberal, intenta librarse de ella. La primera, encuentra en dicha Ley un impulso. La segunda encuentra en dicha Ley una traba. Dos concepciones del hombre y de la vida se encuentran frente a frente.

En el número próximo de *CRISTIANDAD* expondremos, Dios mediante, cómo la Iglesia concibe su ley.

JAIME BOFILL
Catedrático de Filosofía

(1) Alocución Jamdudum, 18 Marzo 1861.

Pío IX

«Dios me ha inspirado a mí, su indigno Vicario, tres cosas: aplicar el remedio a las llagas que consumen a la sociedad moderna, y por eso he publicado la Enciclica y el *Syllabus*; abrir los tesoros de la misericordia celestial, y por eso he concedido el Jubileo; poner en evidencia las virtudes de los buenos cristianos, y por eso he dado los decretos que ponen en los altares a esos héroes. ¡Cosa notable! Dios nos obliga a levantar un baluarte contra el torrente de la corrupción general y quiere que ese baluarte lo formen una legión de mártires, confesores y vírgenes».

(Palabras pronunciadas en la Iglesia de *Jesú* el 26 de Diciembre de 1864)

PIUS IX

Cuando se habla comúnmente de los «últimos grandes Papas», expresada hoy muy común, no solamente entre el pueblo fiel, sino también fuera de él, es costumbre referirse a la gloriosa lista compuesta de los seis grandes nombres que encabeza la figura de PIO IX. ♦ Y no es, ciertamente porque ni la virtud ni el saber dejen de aureolar las eximias figuras de los antecesores de éste, singularmente de Pío VI, Pío VII y Gregorio XVI. Pero no hay duda de que existe en el Pontificado de Pío IX algo especial, muy difícil de resumir, pero que el actual número de nuestra Revista intenta hacer gustar al lector. ♦ Du Plessis lo define en una frase feliz. Lo llama «la renovación de la Ciudad Santa». ♦ No renovación de la Iglesia, siempre joven y fecunda porque es divina, sino renovación de su elemento humano: desde su Jerarquía hasta el pueblo fiel, que con certero instinto tributa este homenaje al Pastor que la presidió. ♦ Se llamaba Juan María Mastai-Ferretti, había nacido, de noble cuna, en Sinigaglia, y era hijo de padres ejemplares y cristianísimos. ♦ Pese a la dificultad en las comunicaciones de entonces — inicio de la época del vapor —, también la mano del Señor ordenó que, en ejercicio de alto apostolado, conociese la inmensidad del Mundo, y llegase, a trueque incluso de aventuras, hasta lo más extremo de la América del Sur, ya que ello era necesario en un Pontífice que había de hacer más universal que nunca la Silla de Pedro, y que desde ella había de bendecir el inicio de tantas obras misionales, fundadas ya a la moderna. ♦ Preconizado Obispo de Imola, edificó a todos con su ciencia y su piedad. Y era notable que, a semejanza del Buen Pastor, comía con los pecadores y jamás quebró la mecha que aun humeaba. ♦ Elegido el 16 de junio de 1846, la impiedad intentó sacar partido, del modo más artero, de aquella semejanza. Era el momento en que los Tronos de Europa bamboleaban: incubaba la gran Revolución del 48, menos sangrienta que otras, más trascendental que todas. Y empezando con la hipocresía y el abuso para acabar con la traición y la calumnia, le arrebató, por vez primera, el Reino temporal. ♦ Reintegrado a su Solio el que había dejado por un tiempo de ser Rey, pero jamás de ser Vicario de Cristo, preparó el fasto principal de su Pontificado: la Proclamación del Dogma de la Inmaculada Concepción, en 8 de diciembre de 1854, golpe el más fuerte que se asestó jamás al Infierno, a sus huestes y al orgullo del siglo. «Ipsa conteret caput tuum.» ♦ Nuevamente las fuerzas del Abismo, ya rehechas y coaligadas con todas las ambiciones y todas las cobardías de la época, jalonan la primera etapa de la unidad italiana y reducen la extensión de los Estados Pontificios al «Patrimonio de Pedro»: Roma y su región. Es el 1860 de Garibaldi y de Victor Manuel. ♦ 1863 y 1866. Aspromonte y Mentana. Nuevos atentados, de momento frustrados, contra una Realeza temporal tan débil. Los lobos se ceban en la Oveja. Porque, cumplido el deber que impone la dignidad, o sea el defender sus Estados con honor, Pío, Padre de todos, cede pronto cuando de derramar sangre se trata, siquiera sea de los que tratan de despojarle, porque éstos son también hijos suyos. ♦ Pero la Oveja, el Rey temporal dulce y sacrificado, es Rey espiritual que sabe ser León, inexorable, cuando se trata de defender el sagrado depósito que por misión divina le está encomendado. 1864. El «Syllabus». La Verdad más tremenda que se ha opuesto al error y la mentira. Escándalo de los fariseos de su tiempo, y pavor de los impíos. ♦ Invicto el Jefe espiritual, cébase la secta, por lo menos, sobre el inerme Jefe temporal, obteniendo el triste lauro de una victoria fácil y sin gloria: la del XX de septiembre en la brecha de la Puerta Pia. El Papa ya no es Rey de Roma. Ha quedado prisionero. Pero entonces — 1870, precisamente en el momento difícil en que se cuartejan las potencias católicas bajo la adversidad — la Providencia vela para que se haga más patente que nunca que su Reino espiritual es más ancho que el Mundo. ♦ Pero, aun en su prisión del Vaticano, como antes en su Palacio del Quirinal, sigue llegando, no sólo la amenaza sino la hipocresía y la seducción. Mas, antes, como ahora, como siempre, responde Pedro: «...Nosotros *no podemos* menos de hablar lo que hemos visto y oído» (Actas, iv, 20). «Non possumus!» ♦ «Non possumus» es respuesta de inmensa cortesía, sin altanería ni arrogancia, ante Poderes u opiniones llenas del orgullo del Siglo. Sin altanería ni arrogancia, pero de resistencia invencible, como es invencible el Espíritu Santo que la inspira. ♦ ¡«Non possumus!» Esta es la frase que resume las amarguras de un Pontificado que duró treinta y un años y siete meses, cerrándose el día 7 de febrero de 1878: el más largo y el más amargo, quizá, después del de Pedro, el Pescador.



Perry W. H.

El TRIUNFO del ESPIRITU

Diciembre de 1869, Fiesta de la Inmaculada, décimoquinto aniversario de su definición dogmática. Las campanas de Roma y los cañones del Aventino dan a conocer al mundo la apertura del Concilio Vaticano.

El anuncio del Concilio

«A todos es notoria y manifiesta la horrible tempestad que hoy conmueve a la Iglesia, y los muchos y graves males que afligen también a la sociedad civil... Siguiendo las huellas ilustres de Nuestros Predecesores, hemos creído oportuno reunir en Concilio General — lo que de largo tiempo deseábamos — a todos los Venerables Hermanos, Prelados de todo el orbe católico, llamados a tomar parte de nuestra solicitud.»

Así se expresaba S. S. Pío IX, en la Bula de indicción del Concilio Vaticano. El remedio heroico, que decide aplicar el Papa para contrarrestar los males de su época, es, además, un acto audaz. Efectivamente, las circunstancias por que se atravesaba, no eran para aconsejar, hablando en humana prudencia, la reunión de un Concilio Ecuménico, que representaba el desplazamiento hacia la Ciudad Eterna de varios centenares de Prelados, en un ambiente de recelo por parte de los gobiernos de sus respectivos Estados, y con las amenazas que directamente pesaban sobre Roma por la actitud de las tropas piemontesas y bandas garibaldinas. Estas tropas aguardaban sólo la ocasión para infligir el último zarpazo a los Estados Pontificios y, esta vez, en el patrimonio mismo de San Pedro, no asaltado aún, por temor a la guarnición francesa que nuevamente lo protegía, al haber faltado el rey de Italia a su palabra de respetarlo.

Y aun comprendemos mejor la serenidad y valentía del Romano Pontífice, que a la sazón había cumplido ya sus 76 años, al considerar que la citada Bula se publicó en junio de 1868, anunciando el Concilio para el 8 de diciembre de 1869, es decir, con un año y medio de antelación, y que, en la misma, no se convoca a los Soberanos de los países católicos, limitándose a comunicarla a los que estaban representados en Roma; esta novedad venía a significar, implícitamente, que ya no había monarquías católicas, es decir, como escribe Veuillot, que la llamada «Edad Media» se cerraba en aquel entonces, al cabo de diez siglos de existencia. Sirva este dato para corroborar cómo Pío IX, lejos de buscar apoyo alguno material, no vió en el Concilio más que un apoyo sobrenatural en medio de aquellos «dificísimos tiempos», lo que expuso con frase definitiva en el mismo documento:

«Porque Cristo, Nuestro Señor, nos recrea, fortalece y consuela por modo admirable con estas palabras: «Donde dos o tres se hallan congregados en mi Nombre, allí estoy Yo en medio de ellos.»

Este, y no otro, es el verdadero secreto de todos los Concilios, pero, de un modo más patente todavía, del Concilio Vaticano.

El furor de la impiedad

No debe extrañarnos que los gobiernos liberales de la época vieran con sumo recelo la convocatoria de un Concilio, que temían confirmara la condenación de las proposiciones del *Syllabus*, y estableciera, con la infalibilidad pontificia, un aumento en la autoridad del Papado.

El de Baviera, envió una circular a sus representantes en el extranjero, proponiendo una conferencia internacio-

nal para conjurar el peligro que se le antojaba. El de Prusia, por entonces se mostró menos preocupado, como también el de Austria-Hungría, dejando en libertad a la Iglesia con respecto al Concilio, lo que, al final, también hizo Inglaterra. El gobierno imperial francés, indeciso al principio, decidió, por fin, abstenerse de enviar representante especial. En España, los buenos propósitos del gobierno, reflejados en unos artículos del entonces ministro de Fomento, Severo Catalina, no pudieron realizarse, a causa de los sucesos revolucionarios y caída de la dinastía. Rusia, que tenía rotas sus relaciones diplomáticas con la Santa Sede, impidió la asistencia a todos sus Obispos. Y en cuanto a Italia, el gobierno manifestó su reserva para tomar ulteriores resoluciones, siendo éstas, en verdad, el asalto a Roma cuando tuvo el terreno preparado por la guerra franco-prusiana. Un miembro del Parlamento de Florencia convocó a los «librepensadores de todas las naciones» a un anticoncilio, en Nápoles, que constituyó un gran fracaso para los masones. Sólo en América hubo algunos gobiernos que vinieron en auxilio de la Iglesia, como los del Brasil y Chile, concediendo subsidio a sus Obispos destacados.

Los protestantes y cismáticos, invitados por el Papa en documentos especiales, contestaron o demostraron su oposición, salvo muy honrosas excepciones (Baumstark, Urquhart, Guizot, etc.).

Vemos, pues, que, como ya hemos indicado antes, iba a comenzar el Concilio teniendo frente a él, más o menos abiertamente, a todos los poderes de la tierra. Desde los tiempos del gran Constantino, escribe Machuca, no se había encontrado la Iglesia tan absolutamente aislada, en lo humano, como entonces.

Las congojas de los católicos liberales

Y en el campo católico, ¿cómo fué recibido el anuncio del Concilio? Dejando para otra ocasión el examen a fondo de las diversas tendencias, que nos llevaría a una extensión excesiva, estableceremos con el P. Ramière, la existencia de tres partidos: católicos puros, liberales que se llamaban católicos y católicos liberales. Y diremos que, frente a la tesis infalibilista, defendida con absoluta unanimidad por los episcopados español e italiano, hallamos una corriente de oposición que, basándose en una supuesta inoportunidad de tal definición, la fué atacando en mayor o menor grado y, muchas veces, valiéndose de procedimientos tortuosos; demostrando, en último extremo, ansias inexplicables por condescender con el espíritu laicista de los gobiernos liberales, y unas congojas, más inexplicables aún, sobre el porvenir de la Iglesia, de no seguir toda la Jerarquía sus pretensiones.

El mismo Mons. Dupanloup, que tantas veces y tan brillantemente defendió los intereses de la Iglesia en Francia, verbo por aquellos tiempos de los católicos liberales de su país, escribía a S. S. Pío IX, la víspera de la definición de la infalibilidad pontificia, proponiendo «un medio muy sencillo para evitar los males espantosos de que está amenazada la Iglesia por la definición»... «Es evidente que mañana seréis proclamado infalible. Pues bien, ordenad al Concilio que no declare nada, renunciad Vos mismo a este título con que se os quiere condecorar, y por esta especie de abdicación os crearéis una gloria mayor que aquella que se os prepara.»

Sobre este particular nos parece oportuno citar un fragmento de la correspondencia de Tocqueville con Ree-

ve, donde el ilustre pensador francés, en 1856, mucho antes del Concilio, y antes también de su ejemplar reintegro al seno de la Iglesia, escribía sobre la opinión católica las siguientes palabras:

«Es preciso reconocer que, cuanto ocurre en Roma, en nuestros días, no es más que el síntoma de un fenómeno mucho más universal: el despertar del espíritu católico en el mundo entero, la nueva vida que ha sido infundida en este viejo cuerpo y el ardor juvenil que se refleja por doquier. No creáis que sea la acción del Papa la que destruya al galicanismo y obligue a los obispos y fieles de Francia a adoptar las máximas ultramontanas. Los católicos franceses obran en este asunto por iniciativa propia, con una vitalidad peculiar que nace de causas extrañas a la influencia de la corte romana. Más impulsan los fieles al Papa para que llegue a ser soberano absoluto en la Iglesia, que no son influidos por él para someterlos a tal dominio. Este movimiento es, si no general, al menos muy extendido en el mundo católico. Estoy sorprendido de haber encontrado, sobre este punto, igual panorama en Alemania que en Francia.»

Tales afirmaciones, hechas en el país del galicanismo, las creemos convincentes, y con ello demuestra Tocqueville, pese a su acendrado, aunque ecuaníme liberalismo, una visión de conjunto mucho más vasta que la de los pusilánimes católicos liberales.

El triunfo de la verdad y el espíritu: El dogma de la infalibilidad

El 8 de diciembre de 1869 tuvo lugar, tal como estaba fijado, la apertura del Concilio Vaticano. Con asistencia de 706 Padres, se celebraron las Congregaciones generales, llegando hasta la 89.ª, el día 1.º de septiembre de 1870. En este periodo hubo cuatro Sesiones públicas: las dos primeras, destinadas a constituir la Asamblea; la tercera, en que se aprobó la Constitución Dogmática sobre la Fe Católica, y la última, en que se promulgó (Constitución *Pastor aeternus*, primera sobre la Iglesia de Jesucristo), solemnemente, el dogma de la infalibilidad:

«Que el Romano Pontífice, cuando habla *ex Cátedra*, esto es, cuando, ejerciendo el cargo de Pastor y Maestro de todos los cristianos, en virtud de su suprema autori-

dad apostólica, define que una doctrina sobre la fe o las costumbres debe ser profesada por la Iglesia universal, goza plenamente, por la divina asistencia que le está prometida en la persona de San Pedro, de aquella infalibilidad de que el divino Redentor ha querido que su Iglesia estuviese dotada, al definir la doctrina sobre la fe o las costumbres; y, por consiguiente, que tales definiciones del Romano Pontífice son irreformables por sí mismas, y no por consentimiento de la Iglesia.»

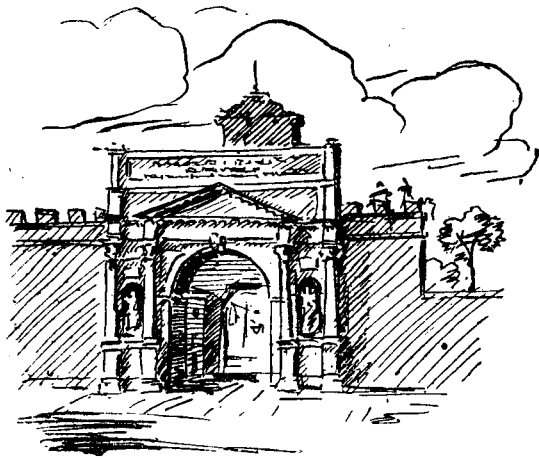
La cárcel del Vaticano

La proclamación, como en nuevo Sinaí, se hizo en medio de una tempestad que se desencadenó sobre la ciudad, aquel día 18 de julio de 1870, y que preludiaba la que iba a descargar sobre la Roma espiritual y Sede Pontificia. En efecto, al siguiente día estalló la guerra franco-prusiana y, por este motivo, el 2 de agosto, Francia retiró su guarnición de Roma; y a raíz de la derrota francesa en Sedán, el 2 de septiembre, el día 10 del mismo mes enviaba Víctor Manuel su ultimátum al Papa, a cuya hipocresía contestó Pío IX el día siguiente, que fué el mismo en que empezó la invasión de sus Estados, culminando ésta, el 20, con el asalto a Roma por la puerta Pia y la capitulación de la ciudad.

El 19 del siguiente mes, ante la pasividad o complacencia de las demás potencias, apareció el Decreto Real declarando el patrimonio de San Pedro provincia romana, y al siguiente día, 20 de octubre de 1870, S.S. suspendía, hasta tiempos más oportunos y propicios, la continuación del Concilio, ante el hecho de que «la sacrilega invasión de esta Santa ciudad, de nuestra Sede y de las restantes provincias de nuestro poder temporal, por la que, contra toda ley y con increíble perfidia y osadía, han sido violados los derechos inconcusos de nuestro Principado civil y de la Sede Apostólica, Nos ha colocado en tales condiciones que, por permisión de Dios en sus inescrutables designios, nos consideramos constituidos, en absoluto, bajo el dominio y potestad del enemigo.»

En una palabra: la cárcel del Vaticano fué el premio con que el mundo agradeció y celebró el Concilio Vaticano, espléndido triunfo de la verdad y del espíritu, logrado por la Iglesia de Jesucristo en el último periodo del difícil gobierno del gran Pontífice Pío IX.

Cierta mañana en que Pío IX recorría solo una de las salas del Vaticano, vió a un joven en contemplación, o, mejor, en éxtasis, ante un admirable fresco del divino Rafael. El Papa se guardó de interrumpirle; pero cuando aquél volvió la cabeza, vió cerca de sí a un anciano vestido de blanco, que le miraba con sonrisa dulce e inteligente. Pío IX había adivinado en él un alma de artista: «¿Sois pintor, hijo mío? —Sí, Padre santo. —¿Y habéis venido a estudiar a Roma? —Sí, Padre santo. —¿Sois discípulo de la academia de pintura? —¡Ay! No. —Entonces ¿tendréis un maestro? —No, Padre santo; soy pobre y estudio solo. Rafael es mi maestro. —Y bien, hijo mío; entrad en la Academia. ¿No os place? Yo pagaré vuestra pensión. —¡Oh!... Padre santo... —No es menester que me deis las gracias. —Es que vuestra santidad ignora... que... —Hablad, dijo Pío IX con bondad. —¡Soy protestante! —¡Oh! ¡Oh!, contestó riendo el Papa, en esto nada tiene que ver la Academia.» Jorge Jhonston fué desde aquel día pensionista de la Academia a costa del bolsillo del Soberano Pontífice.



Esquema de la Puerta Pia, Siglo XIX

DE LA DEFENSA

de la PUERTA PIA

Desde la ventana se domina Roma. La mañana es cálida, densa, pegajosa de sol. Junio toca a su fin. Y Europa toda, el mundo entero, saben, una vez más, de inquietudes y de temores, de guerras y de amenazas de revolución. Es el año 1868.

S.S. el Papa Pío IX está junto a la ventana. S.S. el Papa Pío IX, de edad avanzada, pero no viejo; de mirada penetrante y firme, pero, al mismo tiempo, apacible y bondadosa, contempla con íntima nostalgia, con melancólica emoción, la cercana ciudad. ¡La ciudad que se le rebela, que se le escapa, que no le es fiel!

En esta mañana de junio, encendida de sol, el Pontífice pasa lista, mentalmente, a los nombres de quienes se le ofrecen para salvarle. ¡Son tan pocos!

Unas pisadas firmes le hacen girar rápidamente la cabeza:

— Beatísimo Padre...

En la puerta se recorta, elegante, esbelta, prócer, la silueta de un muchacho espigado, alto. Tiene una figura magnífica, en la flexibilidad de su cuerpo joven, que se humilla en una genuflexión rápida. El Pontífice siente una emoción profunda. Su familiar anuncia, la voz quebrada por la sonoridad del nombre:

— Su Alteza Real don Alfonso Carlos Fernando de Borbón y de Austria-Este, Infante de España...

Hay un largo silencio embarazoso. El Infante Don Alfonso tiene sólo dieciocho años, plétóricos de vida y de vigor, generosos de sacrificios y de renunciamientos, anhelantes de aciertos y de glorias. Destacan en su faz pálida, demudada por la emoción, la perilla negra, atildada y pulcra; el bigote un poco caído, oscuro y cuidado; el perfil recto de su nariz, y la frente, despejada y serena. La soñadora languidez de su dulce mirada insinuante, baña su rostro de un suave tono romántico. Y sin embargo...

— En nombre de mi familia toda y con vocación propia, vengo, Beatísimo Padre y Papa-Rey, a ponerme a vuestras órdenes.

Hay una digna arrogancia viril, un orgulloso empaque tan sincero en las palabras del joven Infante, y hacen tanta falta al Pontífice hombres como él, que la respuesta la constituyen unas lágrimas.

Y don Alfonso Carlos queda, desde aquel momento, constituido en voluntario de Pío IX, zuavo pontificio, soldado raso, que, ascendiendo por propios méritos a cabo y a sargento, había de alcanzar, como alferez, el grado máximo de honor, defendiendo, hasta dos horas después de capitulada Roma, su Puerta Pía.

* * *

En 1856, Napoleón III y el rey de Cerdeña, Víctor Manuel II, firmaron un acuerdo secreto, por el cual el primero se comprometía a retirar sus tropas de Roma, a la que salvaguardaba, si convenía a los fines internacio-

nales de ambos; mientras el segundo, si convenía también, podía trasladar su capital de Turín a Florencia.

Este tratado secreto, que se conoció sólo cuando la realidad lo sacó a flote, explica determinadas actitudes y extrañas decisiones, incomprensibles en su momento. Y así, en 1860, las tropas francesas que protegían los Estados Pontificios se retiraron por primera vez, al mismo tiempo que las hordas revolucionarias amenazaban invadir aquellos Estados por su lado meridional, encendidas por las propagandas de Garibaldi. Es entonces cuando el Papa Pío IX crea el cuerpo de Zuavos Pontificios, voluntarios de Su Santidad, entre los cuales don Alfonso Carlos de Borbón y de Austria-Este había de jugar tan importante papel.

Una política funesta rueda por la pendiente que había de acabar en el abismo y llega a la fecha 11 de septiembre de 1870, en que el Vicario de Cristo en la tierra, sólo como Rey temporal, contesta a la carta que le dirige Víctor Manuel II, el 8 del mismo mes y año, entregada a mano por el embajador especial Conde Ponza di San Martino.

Entre otras palabras admirables, Pío IX escribe, todo ternura y amor: «...No entro en los detalles de la carta misma» — la dirigida por Víctor Manuel II — «por no renovar el dolor que su primera lectura me ha causado. Yo bendigo a Dios, que me ha permitido que Vuestra Majestad colme de amargura el último periodo de mi vida. Por lo demás, no puedo admitir las exigencias expresadas en vuestra carta ni asociarme a los principios que contiene. Invoco de nuevo a Dios, y pongo en sus manos mi causa, que es enteramente la suya, y le ruego que conceda a Vuestra Majestad gracias abundantes, le libre de todo peligro y tenga con vos la misericordia que os es necesaria.»

Y debajo la firma del Papa Pío IX...

Y esta carta admirable fué el fin del Reinado Temporal del Pontífice en la tierra. Su contestación fué el fuego de los cañones, dirigido contra la Ciudad Eterna.

El Papa-Rey da una consigna al general Kanzler, «Pro-Ministro de las Armas» y generalísimo de sus fuerzas. Una consigna especialísima: la rendición inmediata, en cuanto los cañones enemigos abrieran una brecha en las defensas romanas. Con ello quedaba consignada su digna protesta, desbordada su autoridad, conquistados sus Estados, y se evitaba un estéril, aunque heroico, derramamiento de sangre.

Y así sucede. Sólo que la brecha se abre en la Puerta Pía. Y la Puerta Pía la defendía un puñado de pechos españoles. ¡Que no pueden rendirse sin escribir con su sangre una página histórica!

* * *

El 20 de septiembre de 1870 corona la victoria contra el Papa. La batalla por la ciudad, dura unas horas. Desde las seis de la mañana, en que del bien pertrechado

cuerpo de ejército que ataca la ciudad se destacan quince mil hombres, para abrir brecha en la Puerta Pía, hasta que, producida ésta, y cumplida la consigna papal, se iza bandera blanca a las diez de la mañana. Más otras dos horas en que no se enteran los españoles y holandeses que defienden la citada Puerta, causando a los atacantes dos mil bajas, matando a su general y vendiendo, por tanto, muy cara la derrota.

Los cañones emplazados frente a la Puerta Pía son noventa, situados a mil metros de ella, primero; y a ochocientos metros, más tarde. Lentamente, se abre la brecha. Y es entonces cuando tiene lugar un suceso, en el orden militar, nulo; bajo el punto de vista histórico, intranscendente; pero en cuanto afecta al sentimiento católico y español, emocionante.

Don Alfonso Carlos Fernando de Borbón y de Austria-Este, con su característico desprecio a la vida, con su audacia rayana en la temeridad, con su valor marcial, tan español, siente curiosidad de ver por sí mismo el estado de la brecha; de calcular por sí propio el momento del ataque.

A este objeto, se arrastra por el suelo, y, en peligrosísimo sorteo de obstáculos, logra llegar al pie mismo de la muralla, donde un impresionante hueco de ocho metros, que cada vez se va ensanchando más, avisa la proximidad del peligro.

El Infante español, después de comprobar tan desagradable, aunque lógico estado de cosas, vuelve a arrastrarse por la tierra en idéntico arriesgado viaje, esta vez de regreso. Las granadas le barren y ensanchan el camino del retorno.

Don Alfonso Carlos, a la viva luz de los rayos solares, contempla un espectáculo inesperado. Ha llegado a la avanzadilla en la que esperan el momento del ataque la 4.ª y la 6.ª Compañías del 2.º Batallón, y un capellán — inglés — de zuavos pontificios: Monseñor Stohner. Ha ido a confortarles con los auxilios espirituales de nuestra Santa Religión.

Los zuavos pontificios, cubiertos de escapularios y cruces, abandonan por un instante el servicio, se ponen de rodillas y esperan que Monseñor Stohner les dé la absolución *in articulo mortis*.

Don Alfonso Carlos se da cuenta en el acto de la trans-

cendencia emocionante del momento. Y ve que él, alférez de la 6.ª Compañía, no está en su puesto para recibir la absolución de sus pecados.

Y tiene un gesto, casi inconsciente, de una audacia simpática y de una fe ciega. Se levanta del suelo y se hincaba de rodillas, destacando la mitad de su cuerpo, arrojante y altivo, sobre la superficie lisa del terreno. Los rayos del sol envuelven en su halo de resplandores la silueta gallarda del Infante. En su derredor, silban y se cruzan las balas. Y cascos de metralla levantan nubes de polvo en el lugar donde se yergue, inmóvil, hierática, la figura del confesor de Cristo.

Quince mil hombres, que no entienden de estas cosas, contemplan cómo, a campo batido, en medio de constantes explosiones y en un lugar de terribles peligros, un hombre, valientemente de rodillas — ¡qué lejos los respetos humanos! —, se santigua y participa de aquella absolución colectiva, *in articulo mortis*...

Para la Historia, su gesto no tiene importancia. En el orden militar constituye, incluso, una imprudencia punible. Pero ¡qué hermoso a los ojos de la Fe!

Dios premia el gesto noble del alférez español de zuavos. Sus fuerzas constan de ochenta y cinco hombres — entre holandeses y españoles — y estos ochenta y cinco hombres plantan cara al enemigo y defienden, hasta dos horas después de levantada la bandera blanca, el Reino temporal del Papa... Pues bien: del grupo de españoles — con apellidos tan castizamente raciales como Martí, Sánchez, Gutiérrez, Clavero —, con sus medallas, con sus escapularios, y rezando diariamente y en colectividad el Santo Rosario, no hay uno solo que muera en la acción de guerra más heroica que contemplaron los tiempos.

El Señor recompensó a aquellos valientes, conservando sus vidas, que tan generosamente ofrecieran en holocausto de una Causa santa y nobilísima. Causa que, como toda empresa de signo y contenido espiritual y de defensa de la Fe Católica, tuvo a España en las vanguardias más decididas y eficaces de sus heroicos paladines. ¡España, siempre en la trinchera de Dios, dispuesta a defenderla con su sangre y con su vida!

ANTONIO PÉREZ DE OLAGUER

"El Papa de la paloma"

Anunciada apenas la muerte de Gregorio XVI, el 1.º de junio de 1846, se apresuraron a reunirse en Cónclave los cardenales italianos. El cardenal Mastai-Ferretti partió inmediatamente para Roma, donde iba a ser elegido Papa.

Al pasar por Fossombrone, ciudad pequeña de las Marcas, se detuvo el coche algunos instantes y, naturalmente, lo rodeó la muchedumbre. De pronto, descendiendo del alto de los aires una paloma blanca y viene a posarse sobre el coche. La gente bate palmas y lanza una armónica y expresiva exclamación, muy familiar al pueblo de los Estados Pontificios: «Evviva! Evviva!» Mas como estos gritos no espantan a la paloma, surge en la concurrencia la idea de que esta aparición es un presagio. Por ventura recuerdan algunos a aquel futuro Rey de Roma, Tarquino el Viejo, sobre el cual se posó un águila cuando por vez primera iba a la Ciudad Eterna; otros pensaron en el Papa San Fabián, que una paloma designó de la misma manera a los sufragios del pueblo de los obispos, y las aclamaciones redoblaron: «Evviva! Evviva! ¡Este es el Papa!» Tomaron una caña larga, de esas que crecen al borde de los fosos en la zona, y con ella hicieron por espantar al ave; pero si bien ésta levantó el vuelo, tornó inmediatamente al mismo sitio sobre el coche, y allí quedó inmóvil. A la vista de esto, sube de punto y llega al colmo el entusiasmo: «¡Sí; éste es el Papa! ¡El Papa de la paloma!»

El pueblo siguió corriendo al paso del coche hasta la salida de la ciudad; y sólo allí levantó la paloma su vuelo y fué a posarse sobre la puerta de la cárcel, donde se guardaban algunos sentenciados políticos.



Aparisi y Guijarro y el poder temporal

Fragmento del discurso que pronunció ante el Congreso el 6 de Febrero de 1865

Señores diputados: no se respetó al Trono ni a la Reina; no se respetó a la Iglesia ni a nuestro Rey espiritual, el bondadoso y santo Pontífice.

Hay, señores diputados, una institución que es obra de Dios, si no fuera obra de Dios los hombres, admirándola y contemplándola tan grande, tan magnífica, tan estupenda de bondad, no podrían concebir jamás que fuera obra suya. Es la Iglesia católica, la que nació en las Catacumbas y, saliendo de ellas, subió al Trono de los Césares para derramar su luz sobre el mundo que yacía en tinieblas. La Iglesia católica ha atravesado los siglos coronada de glorias o de espinas, pero conservando siempre el depósito sagrado de la fe; en torno de ella todo envejece, y ella siempre joven porque es inmortal; en torno de ella todo varía, y ella siempre la misma porque es la verdad. Al frente de esa Iglesia está un hombre, y ese hombre se sienta en el Trono más alto del universo; es el primer hombre del mundo. Y no sube a este puesto altísimo por derecho de sangre, no sube por la fuerza de la espada; sube desde las clases modestas, a veces desde las más humildes de la sociedad. Le elevan a ese puesto sublime la ciencia y la virtud, para mostrar al mundo que la virtud y la ciencia están muy por encima del oro y la espada. Pertenece a esa clase más humilde, porque ha de ser el representante de todos, pero principalmente de los humildes y de los pobres... No es humana esta institución: es una institución divina.

El que se sienta hoy en la Cátedra de San Pedro se llama Pío IX, único Rey que no tiene miedo en el mundo, y no tiene miedo porque tiene fe. Anciano, inerme, desvalido, rodeado de enemigos y de asechanzas, podéis contemplarle con la Cruz en la mano y los ojos en el cielo, diciendo a la tierra palabras de verdad y de vida. No ha mucho que las dijo, y todos los Obispos de la Iglesia universal, y toda la Iglesia universal con ellos,

inclinó la cabeza, y nosotros, si somos católicos, a pesar de todo hemos de oír esa palabra con la cabeza inclinada. Pues a ese hombre, a ese varón santo, a ese Rey bueno, al que está coronado con la triple diadema de la santidad, de la ancianidad y de la virtud, ante quien desnudan su cabeza Guizot el calvinista y Thiers el volteriano, a quien llaman Thiers y Guizot la más alta, la más noble, la más sublime figura del siglo presente: sabedlo, señores diputados, aquí en España, en esta tierra católica, viéndolo el gobierno de una Reina católica, se le ha llamado insensato, y se ha encontrado medio de llamarle farsante... señores, y se ha llegado a escribir: «A tan osado disparatar no llega ni la Encíclica del Papa». Y esto lo habéis visto, y esto ha acontecido en esta tierra de España, en la cual no hay un palmo siquiera que no esté ilustrado con la gloria de un héroe, o santificado con la sangre del mártir. Y han hecho más algunos desdichados; mientras piden todo linaje de libertades, y las usan y abusan por la tolerancia culpable del Gobierno, que nunca debe consentir libertad para el mal; mientras que ellos, por su propia autoridad, a sus fieles les hacían saber las palabras del Papa para escarnecerlas, tenían la audacia, que pasmará al mundo, tenían la audacia de pedir que se castigase a los Obispos, Príncipes de la Iglesia, que habían cumplido una obligación sagrada, y la habían cumplido por su propia divina autoridad, como sucesores de los Apóstoles ¡Parece mentira una tan estupenda audacia y tan locamente desenfadada!

Esos desdichados han ultrajado a todos los Obispos; hanles llamado insensatos y facciosos; han calificado sus voces sentidas, de declamaciones soeces; y ellos, en fin, ellos que, recordando una expresión felicísima, hacen de todo una barricada contra el Trono, están haciendo ahora del Trono una barricada contra la Iglesia.

No quiero hablar más de este punto: espero y callo.

Pío IX Siendo Arzobispo de Spoleto, se presentaron ante la ciudad indefensa unos 4.000 insurrectos perseguidos por los austriacos, pero aún no dispersos. Salióles al encuentro el Arzobispo y, con mucha firmeza, mucha serenidad y mucho ingenio les persuadió a que depusiesen las armas y ellos pusieron a sus pies millares de fusiles y cinco piezas de artillería; y no fué éste el único homenaje que le rindieron, pues, para que comieran y no para comprarlos, les había prometido el Arzobispo algunos millares de escudos, y como propusiese entregarlos a un tal Sercognarri, que se titulaba general, exigieron ellos que la distribución fuese hecha por la propia mano del Arzobispo; lo cual prueba lo que estimaban al Prelado y también el concepto que les merecía el jefe que se habían dado. Quedaba por hacer lo más difícil. Un general austriaco seguía de cerca a los insurrectos y era necesario obtener de él la amnistía a que se había comprometido el Arzobispo, bajo su palabra. Salió, pues, por segunda vez, y pronunció un segundo discurso fuera de las murallas de Spoleto, alcanzando un nuevo triunfo. Su elocuencia y su caridad desarmaron la ira del vencedor, después de haber calmado la de los vencidos. Otras muchas personas que no habían tomado las armas, le debieron su salvación en aquellas circunstancias; porque la insurrección tenía cómplices en la ciudad y la policía los descubrió. El agente, después de hecha la lista, la enseñó al Arzobispo, esperando felicitaciones; mas el Prelado le dijo: «Buen hombre, no entendéis una palabra de vuestro oficio ni del mío. Cuando un lobo quiere devorar ovejas, no va a avisar al pastor». Y el agente, estupefacto, vió desaparecer la lista entre las llamas.

PIO IX SITIADO EN EL QUIRINAL

1848

Los demagogos emplearon el día 16 de noviembre, sin darse momento de descanso, en recoger los frutos del crimen cometido por ellos el día 15 (asesinato del jefe del gobierno, conde de Rossi). Empezaron por redactar un programa en el que, entre otras cosas, pedían que inmediatamente se declarase la guerra al Austria y se convocasen Cortes Constituyentes. Encargáronse de llevar el mensaje al Quirinal muchos diputados, seguidos de una turbamulta de malhechores de la víspera; el grueso de las masas se amontonaba en la plaza, en ademán de espera. Negóse Pío IX a recibir a la diputación, encargándose el Cardenal Soglia de dar en su nombre una respuesta dilatoria; pero manifestando, ante todo, que nada se conseguiría por medios violentos. Esta respuesta arrancó furiosos gritos a los de fuera, y empezó a rugir el motín.

Un centenar de hombres, entre suizos y guardias de Corps, constituía toda la defensa del palacio, a la cual añadía el cuerpo diplomático su apoyo moral. Entre los representantes de las potencias que acudieron a rodear al Padre Santo, cuéntase el duque de Hartcourt, embajador de Francia; el señor Martínez de la Rosa, embajador de España; el conde de Spaur, ministro de Baviera; los señores de Venda-Cruz, por Portugal; Boutenieff, por Rusia; Figueredo, por el Brasil, y Liederkkerke, por Holanda. Brillaron también, pero sólo por su ausencia, el representante del Piamonte, y lord Minto, enviado del gobierno inglés; caballeros que honraban a los clubs con su asidua asistencia. En cambio, un pequeño número de extranjeros dió pruebas de abnegación y nobles sentimientos, acompañando espontáneamente en aquel puesto de honor a sus respectivos embajadores. En este número se contaban dos franceses: el conde de Malherbe y el Padre Vaurés.

El Cardenal Antonelli recorría todas las habitaciones, a fin de disponer la defensa de acuerdo con el capitán de

suizos, M. Meyer de Schauenseé. Apostados los suizos en las puertas exteriores, tenían orden de hacer fuego, en caso necesario, para defenderlas, y si alguna de ellas fuese forzada, de reunirse todos a la entrada del aposento de Pío IX. «Si llega tan doloroso caso — dijo el Cardenal Antonelli —, allí estaremos todos para morir con ellos.»

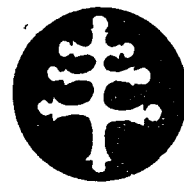
En medio de esta agitación, Pío IX conservaba completa serenidad. De pie junto a la puerta de su oratorio, al que de vez en cuando se retiraba, conversaba tranquilamente con los que le acompañaban. Llegaron en esto algunos oficiales de carabineros, y Pío IX les preguntó cómo se las habían compuesto para abrirse paso entre las turbas, a lo cual respondieron que habían intervenido para calmar al pueblo, y que se presentaban en aquel momento con el carácter de enviados suyos, para pedir al Papa que accediese a una necesidad hartamente evidente, y que confiase a Sterbini y a sus amigos la salvación del orden público. «Señores — dijoles el duque de Hartcourt con mal disimulado desprecio —, si cumpliéis con vuestro deber, evitaríais con las armas las desgracias que no impediréis con estériles palabras.» «Pero es el caso — repuso uno de los oficiales con embarazo — que no sólo la guardia cívica, sino las tropas de línea, la gendarmería, en una palabra, el ejército entero fraterniza con el pueblo.» «Y por consiguiente — replicó el señor Martínez de la Rosa —, que no podemos contar con vosotros. ¡Perfectamente, señores; dejad consumir un sacrilegio que empiezan a realizar las amenazas de una canalla sin fe ni ley; pero antes id a decir a los desalmados que os envían como mensajeros, que Europa no dejará impune este crimen; y que, por lo que hace a España, a la cual represento en este sitio, su venganza será terrible!» Más tranquilo Pío IX, manifestó que someterse a las condiciones impuestas por la rebelión sería abdicar, para lo que no tenía derecho, por lo cual despidió con un gesto a los cobardes desertores.

El redactor-jefe de *El Tribuno* exhalaba todas las mañanas su bilis declamando contra los curas y, particularmente, contra Pío IX. Así ganaba el pan de cada día, pero lo ganaba con satánico placer. Hallábase un día escribiendo un artículo más furibundo, quizá, que los otros, cuando sufrió un ataque de apoplejía y fué conducido al hospital. ¿Quién creéis que se encargó de cuidar de su tierna familia? Ni sociedades secretas ni gobierno revolucionario; nadie más que Pío IX. «Aquí — dijo el santo anciano — se nos viene rodada la ocasión de hacer bien a un enemigo.»



El periódico protestante *Times*, escribía el mes de mayo de 1873 lo que sigue:

«El Papa ha hecho cuanto sus partidarios podían esperar y sufre cuantos padecimientos podría el mundo causarle. Ha adquirido un poder ilimitado (?) sobre la inteligencia humana al perder hasta la última partícula de su poder temporal. En el interior de su casa, ve a todo el universo postrado a sus pies; pero no puede dirigir la vista a la parte exterior sin ver al mundo armado contra él... Respecto de su carácter moral, confesamos que nunca hubo un Papa como él... Es imposible imaginarse una fe más pura, mayor moderación, una vida más fructuosa que la de este hombre...»



...empezó con un "Elogio del diálogo y de la tertulia" en nuestro primer número. Desde entonces, **CRISTIANDAD** cuenta ya con dos meses de existencia, lo que advertimos aquí porque será seguramente en esta Sección donde van a notarse antes los efectos de su crecimiento. En ella, en efecto, encontrarán con natural cabida los artículos que la colaboración nos ofrece. El lector ya habrá observado que **CRISTIANDAD** intenta, en estos primeros números, acentuar un poco la unidad de su plan. Sin embargo, es a menudo una lástima sacrificar en aras de esta unidad voluntaria, temas de interés innegable que los concurrentes a su "tertulia", sus amigos, podrían proponer. Son aquellas cuartillas que, con timidez o con ufania, saca del bolsillo un miembro que hasta entonces ha permanecido en silencio y que ofrece leer al margen de la "orden del día"... • Es el momento, no de la sorpresa, pero sí de la expectación. Algo que todos presumen de interés vital. Algo que, como conocido previamente, y tal vez solicitado, por un grupo pequeño, cuenta ya con el prestigio que acompaña a todo secreto imperfectamente guardado. • El lector no quedará defraudado si, poco a poco, vemos figurar en estas columnas, como esperamos, las mejores firmas de España...

A la señorita ISABEL DE MONTOLIU

¡Válgame Dios, señorita, que jamás hubiera yo sospechado que la primera polémica aparecida en **CRISTIANDAD**, había de ser alrededor de figura tan excelsa y tan gentil a un tiempo como la de Santa Isabel de Hungría, que por este hecho debiera ser proclamada por todos nosotros como Santa muy especialmente protectora de nuestra Revista!

Y he dicho polémica y digo mal, por cuanto nada hay más lejos de mi propósito que intentarla, así como así. Mal estratega soy, pero no tanto que pretenda defender una causa perdida de antemano. Y, sobre todo — y esto es lo que, hablando maliciosamente, más me acobarda —, si de buenas a primeras me hallo para ello en la más ingrata de las posiciones.

La de usted, señorita, es mucho más simpática, por cuanto se ha lanzado valientemente a la palestra rompiendo lanzas en favor del buen nombre del esposo de su querida Santa, el «muy dulce dueño» de ésta. Y yo quedo con el feo papel de abogado del diablo, que jamás me ha gustado, ni a mí ni a nadie. Es mucho más firme la posición de usted, puesto que yo me he atrevido a invadir el cercado ajeno, como lo haría un malsín, haciéndome simplemente eco de una leyenda, y sin reparar mucho, pecador de mí, en calificar de «cruel» y de «enemigo de socorrer al indigente» a persona para mí tan desconocida antes, como simpática desde que usted nos la ha hecho conocer, comenzando por su nombre propio, como el Landgrave Luis de Turingia. En tanto que usted, como

parte legítimamente interesada, se halla en terreno propio y firme, defendiendo las cosas de su Patrona, que tan bien conoce. Añádase a esto que tales pecados me harían acreedor a que se me aplicase, a mi vez, la calificación de «rudo» — si más no, por mis pecados y desafueros, como el presente —, y que mi torpe polémica contra la pluma de escritora tan exquisita como usted, fuese recibida, en el torneo a que quieren lanzarme, justamente, con silbidos y protestas.

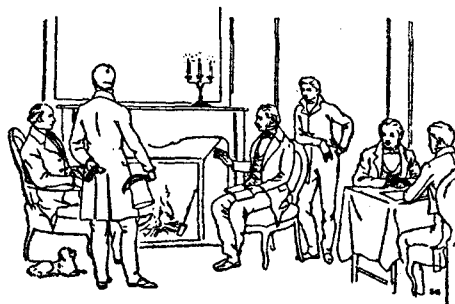
Bátome, pues, en retirada, con armas y bagajes, y queden el campo y los honores de la justa para usted. Pero no crea por ello, señorita mía, que su victoria haya de ser tan inmediata. Que mi honrilla de escritor apabullado me sugiere una última trinchera donde parapetarme. ¿No pudiera tener una leyenda como ésta, de la que me hice eco, algún fundamento de verdad? Muy extendida está ella, hasta el punto de que el propio gremio perfumista, por esta razón, tiene a la Santa por Patrona y la festeja como tal. ¿Habría algo de cierto? Ya que de rudeza hemos hablado, no puede negarse que los tiempos y los caballeros eran rudos, lo que no estaba refido — sobre todo en lugares como Hungría, baluarte en perpetua lucha contra infieles, hordas asiáticas y tantos enemigos de la Cristiandad — con el noble carácter de tales conspicuos príncipes y guerreros. ¿No pudiera este episodio legendario derivar, quizá, de algún rasgo de caridad, casi excesiva, de la Santa, cerca de reos o prisioneros que, por especial contumacia, considerase justamente el Landgrave como

peligrosos en demasía y, por tanto, los tuviese sometidos a régimen de especial severidad?

A ver, respetada señorita, ypreciada cuanto espontánea colaboradora nuestra, si entre sus pergaminos e infolios halla también armas para arrojarme de este último reducto en que me he refugiado, con lo que, en justo homenaje al buen Landgrave, si desaparecieran unas rosas, ornato de su Santa esposa, serían en realce de la noble figura de «su dulce dueño y señor». Mas, en todo caso, quedarán de todo este asunto las espinas, ya que no las rosas, para este pobre servidor de usted, que poco podía imaginar, al meterse a ponderar el simbolismo de la mejor de las flores, salir tan malparado.

Pero, sea como fuere, con rosas o sin ellas, no necesita su tan querida Santa Isabel de las flores para perfumar la Iglesia de su tiempo, y, ahora, la Iglesia triunfante. Que ella, la Santa, es ya una Rosa. Y Rosa de aquellas que sirve a Dios «brillando en los altares», «con el esplendor de su hermosura». Según bien dice aquella otra Rosa, a que yo me referí al fin de mi artículo, la cual prefirió hacerlo «deshojada», como conviene, a su vez, a la Iglesia de su tiempo, tan distinto de aquellos en que el buen Landgrave Luis de Turingia edificaba, según usted tan bien nos ha indicado, aquella Sociedad más feliz, con virtudes modélicas y egregias que, desde el Trono, son tan especialmente simbólicas y ejemplares.

LUIS CREUS VIDAL



I. LA CULTURA

El porqué de una afirmación



Ha llegado a nuestro conocimiento que un amable lector del número de prueba de **CRISTIANDAD** — lector, sin duda, bien intencionado, pero, acaso, un tanto suspicaz o receloso —, dedujo de nuestro artículo sobre el cine, aparecido en aquellas páginas, que nos animaba un cierto espíritu de parcialidad al dirigir tan duras invectivas contra el cine norteamericano, silenciando, en cambio, toda censura hacia otras cinematografías de marcado y reconocido tono

naturalista, cuando no paganizante. Es más: dicho lector parece atribuirnos determinada simpatía por una de esas naciones — desde luego, europea —, hasta el punto de emparentar tal sentimiento con nuestra omisión de todo reproche a los fallos morales del cine de aquel país.

No nos enoja esa suposición. Acaso la torpeza de nuestra pluma y las correcciones que, a última hora y por falta de espacio, hubo que efectuar en nuestro modesto artículo, mutilándolo en no escasa parte, fueron causa de que nuestra tesis resultara deficientemente expuesta y poco precisos algunos de sus extremos. Sea como fuera, repetimos, no podemos ni queremos tomar a mal el espontáneo comentario de nuestro lector. Por el contrario, estamos dispuestos a ampliar — como ya anunciábamos en aquel trabajo — el contenido de nuestra afirmación, de tan clara censura para el cine de Hollywood.

Dijimos entonces: «El cine norteamericano, y en otra ocasión precisaremos el porqué de esta concreción, *ha revolucionado nuestras costumbres, ha amoralizado y, por tanto, descristianizado a toda una generación*».

Y aclarábamos más adelante: «En una palabra: *la acción demoleadora, aunque lenta, del cine yanqui, reside principalmente en su venenosa, halagadora y funestísima frivolidad*.»

Pues bien: la explicación, más detallada, del porqué de esa primacía perturbadora de la pantalla americana, si es simplísima para los conocedores de las distintas cinematografías mundiales, no lo será menos para cuantos, ajenos a ese conocimiento, quieran dispensarnos su benévola atención, siguiéndonos en un fácil raciocinio.

En efecto: el cine norteamericano encierra los graves peligros apuntados. Ahora bien, la pregunta surge rápida: pero ¿y el cine francés, y el alemán?...

Sí. El cine francés y el alemán han producido obras crudas, fuertes, profundamente inmorales, ciertamente. «*La femme du boulanger*» — por ejemplo —, de Marcel Pagnol, traducida a nuestro idioma por «*El pan y el perdón*», nos causó la más íntima repugnancia que jamás hemos sentido ante película alguna. Nos indignó, con anterioridad, «*Topaze*», obra funestísima — del propio autor — terriblemente desmoralizadora en cuanto constituye una descarada exaltación de toda amoralidad, señalándola como único camino para triunfar en la vida. Y aquella cinta, sinuosamente corruptora, que excitaba la

imaginación del espectador más con lo que morbosamente sugería, que con lo que expresaba: «*Muchachas de uniforme*», fué una muestra del áspero realismo y sensualismo del cine germano, del que podríamos citar tantos ejemplos.

Pero valga éste, con aquéllos, franceses, para afirmar: a cualquier espectador de ideas y sentimientos, no ya católicos, sino simplemente honrados, y de mediana formación moral, le repelen instintivamente esas monstruosidades. Y ese espectador, y más si no ha sido maleado por el mundo, aunque lo que entre por sus ojos perturbe su corazón, rechazará en lo más noble de su conciencia ese plato hartado fuerte y condimentado con las más acres especias de la sensualidad, del vicio, de la degeneración contra naturaleza, incluso.

Y la misma bajeza de esas obras las hará fácilmente clasificables. Es más: aun en el caso de presenciárselas quien no tuvo de ellas referencia, su triste condición las hará repulsivas, porque el choque espiritual se producirá brusca y rudamente.

Pero... atención aquí, amigo lector: cuando el veneno se nos suministra, no en torpe vaso claramente delator y en fuertes dosis, con olor y sabor inconfundibles, sino en dorada copa o en plato sazonado con las más sutiles y amables esencias de lo brillantemente mundano, de lo físicamente simpático, de lo «cosmopolita» y «moderno», en su más aparentemente inocuo sentido, y ello en pequeñas dosis, con alegre desenvoltura y progresivo aumento casi insensible; entonces, la atracción inconsciente, primero; la transigencia, después; y, por fin, la complacida asimilación, se producen de manera fatal.

¿Lo diremos en términos más claros? Un adulterio, una pasión desordenada e ilegítima, un suicidio, cualquier crimen o vulneración manifiestamente grave del Decálogo, podrá dejar triste huella o conturbar el espíritu sometido a su contemplación. Pero su misma fealdad los hará odiosos y desagradables a toda conciencia sana y honrada. Pero ciertas modas y costumbres, ese muelle medio ambiente, brillante y halagador, la liberalidad y — permítasenos el vulgar concepto — la «manga ancha» en el seno de la familia, en las instituciones docentes, en la vida toda de la moderna sociedad; todo esto, que tiene en el cine americano tan fiel espejo y tan nefasta cátedra, y que es el ancho, pero oscuro camino para llegar a aquellas graves prevaricaciones, irá infiltrándose — se ha infiltrado ya — en nuestras generaciones jóvenes, que no se escandalizan ante la frivolidad con que se trata el matrimonio y se describen aventuras vergonzosas, enmascaradas de juvenil o mundana diversión; que tienen a gala imitar cuanto en la pantalla sucede o se dice; que se han formado, en fin, todo un concepto, toda una norma de hacer vivir y de vivir, que es ya muy difícil arrancar del corazón y del espíritu de esas juventudes. Juventudes que — ellas y ellos — os tildarán de anticuados, de retrógrados, de ñoños y de incomprensivos, si queréis apartarles de esa fatal concepción y volverles, no ya a la plenitud de la vida cristiana, sino al simple amor de nuestras limpias costumbres tradicionales.

Y para reforzar esa opinión nuestra ante los riesgos del cine americano, he aquí dos películas que, recientemente estrenadas, constituyen el mejor argumento en favor de cuanto queda dicho. Sus títulos son: «*Quiero ser mujer*» y «*Andrés Harvey, tenorio*». Dos cintas doble-

mente peligrosas por la intervención de dos jóvenes artistas de gran popularidad. Sobre todo, uno de ellos: Mickey Rooney. Shirley Temple, la que fué diminuta actriz infantil, es la otra, y su presencia en la primera de las citadas películas ha podido atraer a gran número de ingenuos padres y madres de familia, que habrán llevado a sus hijos — niños o adolescentes — a presenciar el film, creyendo se trataba de una inocente comedia donde la ex niña precoz apareciera luciendo su personalidad de jovencita de quince primaveras juguetonas y traviesas, sin menoscabo alguno de la moral y de las buenas costumbres.

La realidad, con todo, es muy otra. Séanos permitido reproducir el juicio moral que, sobre esa producción, publicamos en la sección de cine del Suplemento del B. O. del Obispado (número de marzo de 1944). Dijimos en aquellas páginas: «...El film es una demostración indignante del grado de estupidez y de terrible inconsciencia a que se ha llegado, en nuestros días, en materia de educación familiar de la primera juventud. La jovencita de dieciséis años que figura la protagonista, se entrega a lecturas y sueños románticos, sale sola en automóvil con un muchacho de su edad, que se «enamora» de ella y le da un beso, porque — son palabras textuales del diálogo — «¡lo necesitaba tanto!»... El galancete se lleva a la niña — con el entusiasta beneplácito del progenitor de ésta — a una fiesta de noche en su casa, vestida de largo. Allí la niña hace una exhibición — hay otras en la cinta — de baile «ultramoderno», el estilo de cualquier tribu del Congo, con gestos y contorsiones groseras y de pésimo gusto; baile que entusiasma, a su vez, al papá del mocito, faltándole poco para tomar parte en él. Breve: película funesta para menores y apta para los padres que quieran ver cómo *no deben educar* — es decir, mal educar — a sus hijos, ya bastante rodeados por los peligros y malos ejemplos emanados de la libertad de las modernas costumbres».

Parecido comentario hubo de merecernos la otra cinta, también americana, perteneciente a la lamentable serie del «Juez Harvey».

Y bien: hemos citado esos dos films porque, por atraer especialmente a públicos juveniles, su acción es mayormente perturbadora. Porque, puestos a mencionar otros, la lista sería numerosa, y los cargos, de mayor monta aún.

¿Que en tales producciones se busca un efecto predominantemente humorístico e incluso de sátira de las propias costumbres de los Estados Unidos? Sin duda. Pero de ahí, precisamente, su entusiasta aceptación por la masa. Burla, burlando, se dice todo; pero se acepta todo, también. Y de todo se hace yunque donde martillar con

la mayor desenvoltura y descoco, con la frivolidad más desatada y el positivismo más a ras de tierra y más desolador.

Y esas son armas de terrible eficacia. Con la sonrisa y la risa se llega más pronto al corazón humano que con el rictus dramático o la mueca morbosa. Y, sonriendo, sonriendo, nuestra insensata sociedad acaba por reírse de todo, haciendo suyos los absurdos morales que a diario le sirven en áurea bandeja.

¿Asesinatos, adulterios, suicidios, cualquier clase de crímenes?... Sí, sí. Todo ello aparece en el cine de todos los países y, por tanto, en el cine europeo. Pero *lo otro* es, por su abundancia y vistoso ropaje, mucho más nocivo. Es la gota de ponzoña que, envuelta en almíbar, cala poco a poco en los espíritus y abate los sólidos cimientos de las más firmes convicciones; entibia y aletarga la Fe y conculca las normas de vida impuestas por la moral católica.

S.S. el Papa Pío XII, en su reciente exhortación cuaresmal, señalaba, como uno de los males de la sociedad presente, el «matrimonio de película». El testimonio es irrecusable; es infalible. Pues bien: ese matrimonio de película, cuyas características son — habla el Pontífice — en el hombre, «su falta de respeto a la mujer», y en ésta, «su falta de respeto a sí misma»; esa lamentable sociedad conyugal, ¿quién dudará en admitir que es el cine americano quien nos la ofrece con más reiterada insistencia y desenfado creciente? Y mucho más ahora, entre nosotros, cuando la producción yanqui acapara, casi exclusivamente, nuestro mercado. Y ello, a pesar de la censura, que es intransigente con cuanto se refiera al divorcio y que palla y disimula con habilidad muchas torpezas y extravíos.

Atención, pues, a *esa clase* de cine. Atención, decimos. No *condenación* al cine americano *en su totalidad*. Cine admirable y perfecto en su desarrollo técnico, en sus ilimitadas posibilidades, en la capacidad y talento de sus directores y artistas. Y cine moral en numerosas obras — de ayer y de hoy — que en nada atentan ni ofenden a nuestra Fe y a nuestras católicas costumbres.

Pero si en él abunda y predomina lo amoral, deber nuestro es señalarlo sin ambages. No se trata aquí de filias ni de fobias — en otra ocasión señalaremos los pecados de la producción de otros países —, sino de abrir bien los ojos y, serenamente, sin condescendencias ni blanduras, sin transigir con los peligros que acechan a nuestra juventud, comprender esos riesgos, calibrarlos en su justa medida y *decir la verdad*.

No otro fin ha movido nuestra pluma al redactar estas líneas.

ERNESTO FOYÉ

II. LA VIDA

IMPORTANTE DISCURSO DE S. E. EL JEFE DEL ESTADO

S. E. el Jefe del Estado recibió, el día 14 del pasado mes de abril, a los sacerdotes asesores provinciales de Cuestiones Morales y Religiosas de «Auxilio Social»; en el transcurso de la audiencia, S. E. dirigió a los visitantes unas palabras de gran alcance y significación. He ahí unos párrafos del máximo interés:

«Nuestro Movimiento, sabéis, persigue un alto fin que descansa sobre las bases sociales, patrióticas y católicas y que se condensa en esas frases de «Por la Patria, el Pan y la Justicia, bajo el imperio de la Ley de Dios». El Estado ha recogido cuanto en el orden social y en el patriótico la Patria demanda. A la Iglesia corresponde

y toca hacer lo que requiere el orden espiritual y de la fe, que nosotros facilitamos y estimulamos. La labor que en modesto anonimato estáis realizando en «Auxilio Social», realmente es una parte de lo mucho que esperamos y de lo más provechosa para la Iglesia y para España.»

Si «Auxilio Social» limitara sus actividades al campo de las necesidades materiales, sin el alcance y la dimensión de lo espiritual, realmente sería una obra mutilada e incompleta. Por eso ruego a los sacerdotes que vengan a los organismos sociales del Estado y del Movimiento para darles este alto aliento espiritual.»

S. E. el Jefe del Estado, que en todas las ocasiones

subraya con el mayor interés, la obligación y la necesidad de que la ordenación social se verifique siguiendo las enseñanzas de la Iglesia, ha querido destacar en la audiencia a los sacerdotes asesores de «Auxilio Social», la importancia que, para el mejor logro de los fines propuestos, representa la constante aplicación de aquellos medios espirituales que sólo la Iglesia puede facilitar y que han de dar vida completa y exuberante a las realizaciones que traten de establecer una situación más conforme con la verdadera justicia.

España, que ha nacido al calor de la religión cristiana, sólo en la práctica de las doctrinas del Vicario de Jesucristo podrá encontrar el camino que habrá de conducirla a días de gloria y de esplendor.

Tan nobles deseos han merecido ya, en varias circunstancias, frases de aprobación y de aliento de Su

Santidad el Papa felizmente reinante, el cual no desconoce las directrices que S.E. ha señalado para la reorganización total de la vida española. Dichas frases son un preclaro testimonio de la paternal atención del Pontífice sobre el porvenir de nuestra nación.

España, que en los instantes de mayor peligro para la Cristiandad ha formado en la vanguardia para defender los principios eternos, combatiendo herejías y perniciosas doctrinas modernas, ha de ser en estas horas trágicas que vive el mundo entero, el ejemplo más acabado de hermandad cristiana entre sus ciudadanos, fruto de una continuada y sólida labor de perfeccionamiento individual y social, cuyas premisas inmediatas vienen señalando, con perseverante insistencia, los Romanos Pontífices.

Ayude Dios con su gracia y su luz a los gobernantes, en la realización de propósitos tan saludables.

COMENTARIO INTERNACIONAL

La muerte de P. Magni y la elección de nuevo Vicario general de la Compañía de Jesús

En un espacio de tiempo relativamente breve, la Compañía de Jesús ha pasado por el dolor de perder a dos de sus más ilustres miembros, cuando ocupaban, por sus propios merecimientos y por la voluntad de la Compañía, los lugares de máxima responsabilidad de ésta. Primero fué el Padre Wladimiro Ledóchowski, fallecido el 13 de diciembre de 1942; posteriormente, el día 12 del pasado mes de abril, moría el Padre Alessio Ambrossio Magni.

El Padre Ledóchowski, vigésimoquinto sucesor de San Ignacio en el generalato de la orden, previendo las grandes dificultades que se opondrían, caso de morir en el transcurso de la actual guerra, a la elección de su sucesor de conformidad con el procedimiento señalado en las Constituciones, pidió y obtuvo de Su Santidad el Papa, que el Vicario que él nombrase pudiese continuar indefinidamente en el cargo hasta que las circunstancias hiciesen posible la reunión de la Congregación.

El día 14 de diciembre, a las cuatro de la tarde, estando el Padre Ledóchowski de cuerpo presente, fué abierto el sobre en que se hallaban encerradas sus disposiciones relativas a la persona que había de sucederle. Fué entonces cuando se supo que el designado era el Padre Alessio Ambrosio Magni.

Había nacido el Padre Magni, el 3 de julio de 1872, en Brianza, comarca de la Lombardia. A los veinte años, después de haber estudiado en el seminario de Milán, ingresó en la Compañía de Jesús; pasó el noviciado en el castillo de los Frangipani, en Porto Re (Dalmacia), bajo la dirección del Padre Ricardo Friedel, y recibió la ordenación sacerdotal en Goritzia. Fué en esta ciudad donde se dieron a conocer sus excelentes dotes de orador sagrado, confirmadas más tarde, cuando a la muerte del Pontífice León XIII fué designado para pronunciar la oración fúnebre en la Catedral; era entonces, todavía, estudiante de Teología, pero la fama merecida de su virtud, de su saber y de su elocuencia, empezó a extenderse hasta llegar a la misma corte pontificia. El Papa Pío XI le encargó, en dos ocasiones, la dirección de los ejercicios espirituales que se celebraban en el Vaticano, y en 1932, los dió al Patriarca de Venecia y a los trece obispos de esa región. Fué Rector del Colegio de Padua, pasando poco después a dirigir el «Antoniano», residencia universitaria que la Compañía de Jesús tiene en aquella ciudad; allí tuvo a su cargo, durante casi treinta años, a un gran número de estudiantes, logrando que aquel centro adquiriera elevado prestigio, destacada influencia científica y una irradiación espiritual y cultural de indudable trascendencia. Posteriormente, pasó a regir la provincia de Venecia-Milán, aunque por poco tiempo, ya que el Padre Ledóchowski lo llamó seguidamente en el cargo de Asistente para Italia, puesto que

desempeñaba al ser designado Vicario general de la Compañía.

Pocos meses duró su mandato. Aquejado por una grave y penosa dolencia, fueron inútiles todos los tratamientos que se le hicieron; la enfermedad avanzaba rápidamente. El día 10, le fueron administrados los Santos Sacramentos y recibió la Bendición Apostólica; al día siguiente, el Padre Magni llamó a los Padres Asistentes que se hallaban en Roma, y después de pedirles su opinión, delegó sus funciones en el Padre Norberto de Boynes. A las once menos cuarto de la noche del día 12, el Padre Magni, hallándose en plena lucidez mental, entregó su alma al Creador.

Reunida pocos días después la Congregación, formada por los Padres Asistentes que se hallaban en la Ciudad Eterna y los treinta y seis Padres más ancianos de la Compañía, en la Casa de la Curia Generalísima, designó Vicario general de la orden, al Padre Norberto de Boynes.

El nuevo Vicario general, cuenta setenta y tres años de edad y desempeñaba la Asistencia para las provincias de Francia. Otros muchos cargos le fueron confiados anteriormente, pues ha sido visitador de las provincias de los Estados Unidos, de las Misiones de China y de las del Asia Menor. Ha cursado largos estudios en Canterbury, Jersey, Lyon y en la Universidad de Angers, donde se licenció en Letras.

Que Dios conceda largos años de vida al nuevo Vicario general de la Compañía de Jesús, para que pueda conducirla hasta que las aguas tormentosas en que se halla sumergida la humanidad, desaparezcan de la tierra y vuelva a reinar la paz en los corazones y en toda la sociedad.

La tragedia italiana

Italia, nuestra hermana latina, vive horas de inconmensurable tragedia, cuya duración y alcance es del todo imposible prever, pero que habrán de ejercer indudable influencia en el porvenir de la nación.

Dividida en su territorio bajo la dirección de gobiernos opuestos, se halla aún más dividida en los espíritus de sus habitantes por una lucha civil en la que se entremezclan odios, rivalidades y venganzas, que imposibilitan de momento la posibilidad de cualquier reconciliación pacífica. Si a todo ello añadimos la presencia de fuerzas de ocupación, enemigas entre sí, que libran violentas batallas sobre su suelo, tendremos el cuadro acabado de la situación a que ha llegado un país próspero, cuya potencia era, hace sólo meses, temida por muchos. Sus más bellos paisajes, sus obras de arte incomparables, sus majestuosas reliquias de un pasado lejano, y hasta sus monumentos de fe y sus humildes hogares, son, hoy día, escenarios de la guerra y objeto de impla-

cable destrucción. Roma, la capital del mundo católico, no ha escapado tampoco a la furia aniquiladora, y se ha visto, según frase del Sumo Pontífice, «despedazada en las carnes vivas de sus habitantes».

En la Italia del Norte, Benito Mussolini, después de un corto paréntesis vivido en el cautiverio, ha resucitado el régimen fascista, orientado, esta vez, en los principios radicales que impulsaron su nacimiento. Las primeras disposiciones reflejan exactamente el espíritu que preside los primeros pasos del nuevo gobierno del Duce. En el Sur, el gabinete de un monarca dimitido, intenta establecer un orden que sea grato a todos los partidos, unidos por un común denominador antifascista, pero de una manera especial al partido comunista, árbitro, en cierto modo, de la situación. El reconocimiento por la U.R.S.S. del gobierno Badoglio, es una amenaza clarísima, y señala el decidido propósito de Stalin, de tener una influencia cada vez mayor, en los asuntos de Italia. La promesa hecha a Rusia, referente a la entrega de una parte considerable de la escuadra italiana, y la repatriación de gran número de italianos que han sido educados por los soviets en los más estrictos principios comunistas, no son otra cosa que claros indicios de que aquella influencia adquiere a diario mayor volumen y consistencia.

Este es el deplorable panorama que ofrece hoy Italia. Su visión nos trae a la memoria, aun sin intentarlo, el recuerdo de aquellos años que precedieron y en los que se consumó su unidad. Guiados por ideas y doctrinas perversas, se realizaron por los dirigentes de entonces los mayores sacrilegios y profanaciones, y cuando en 1870, los piemonteses penetraban a través de la Porta Pia, no combatían precisamente por la grandeza de la nación; quién sabe si entonces se pusieron los fundamentos de su actual aflicción.

Mussolini reconcilió a Italia con la Iglesia, e hizo posible que la dinastía de los Saboyas pudiese estar representada ante la augusta persona del Romano Pontífice. Pero el pecado de origen de la unidad nacional pesa aún sobre nuestra desgraciada hermana de raza. Tal vez la Divina Providencia ha permitido que los días difíciles por que atraviesa, sean de saludable purificación y, al propio tiempo, de preparación necesaria para un próximo porvenir de verdadera grandeza.

Una trascendental disposición del gobierno inglés

Uno de los acontecimientos que más sorpresa han causado, y cuyas últimas repercusiones no pueden aún preverse, ha sido, sin duda alguna, la disposición del Gabinete de Su Majestad Británica, implantando la censura previa a toda clase de comunicaciones diplomáticas, al mismo tiempo que se negaba a las embajadas el derecho de transportar las valijas por su cuenta, y se prohibía la entrada y salida del territorio inglés al personal diplomático acreditado en la isla, incluyéndose en esa medida a los propios embajadores. De tales disposiciones sólo han sido exceptuadas la U.R.S.S. y los Estados Unidos; las restantes naciones aliadas quedan comprendidas, por consiguiente, en la nueva versión de los usos y modos diplomáticos en vigor hasta el presente.

En la nota, podríamos decir explicativa, fechada el 17 del pasado mes, el Gobierno británico fundamentaba su extraordinaria e inesperada postura, en la necesidad de evitar la más mínima indiscreción sobre los preparativos que se efectuaban para una inminente invasión de Europa, agregando que dichas medidas serían transitorias, por cuanto sólo guardaban relación con el referido desembarco,

que, según otras declaraciones, podía considerarse como cuestión de horas.

La gravedad de la declaración inglesa ha sido justamente apreciada en todos los países afectados, y de un modo principal, en los Estados neutrales. En la historia diplomática no encontraríamos, con certeza, un caso análogo al que registramos, ya que en todos los pueblos civilizados se había considerado siempre fuera de toda discusión e interpretación, la inmunidad de los representantes extranjeros y la libre comunicación de los mismos con los gobiernos a quienes representan. Incluso en la actual conflagración, ha sido frecuente poder contemplar el respeto con que son tratados los embajadores de las potencias beligerantes por los Estados enemigos, y cómo éstos les facilitan el regreso a su país de origen.

Muy extraño ha de parecerse a la nación que con inflexible tesitura había defendido las prerrogativas características de la diplomacia, se decida a romper con las normas y tradiciones internacionales. Hasta tal punto ha llegado el desbarajuste universal y la incomprensión de quienes, sean quiénes sean, conceptúan como razón suficiente el poder de la fuerza material que creen poseer en un momento dado.

Para comprender, con plena objetividad, lo que significa la decisión británica y sus posibles repercusiones, creemos del mayor interés reproducir las palabras que, con rara unanimidad, fueron escritas, a las pocas horas de ser conocidas las medidas relatadas, por los cronistas de un periódico barcelonés en Lisboa, Washington y Londres, respectivamente. Decía el primero: *Esa excepcional medida equivale a la quiebra de la diplomacia misma. Una gran parte del prestigio del Cuerpo diplomático se basa, precisamente, en esas cosas que ahora se han dejado en suspenso*; el corresponsal en la capital yanqui afirmaba por su parte: *Conducta sin precedentes en la historia de las relaciones diplomáticas y de sus usos y costumbres, y recordaba que los usos diplomáticos de inmunidad y franquicia en las comunicaciones, se practican a título de reciprocidad, y, por su parte, el propio periodista que redacta sus impresiones desde la urbe londinense, no se recataba en escribir: La disposición no tiene precedente, que yo sepa, en la Historia, ya que se admite de plano que es contraria al derecho y a la práctica internacionales.*

Creemos que las citas anteriores tienen de por sí la suficiente claridad, para que necesiten apostilla por nuestra parte. Sin embargo, quisiéramos formular una pregunta que flota en la mente de muchos: ¿Cuál es el verdadero objetivo que se persigue con tan insólitas disposiciones? Oscuro resulta, en verdad, descubrir las finalidades de la resolución que comentamos, cuando se ha dicho infinidad de veces, y se ha tratado de probar, que existen designios más o menos ocultos en muchas actuaciones y en varias disposiciones de tipo político, originadas por influencias indeterminadas, pero no por eso menos reales; y por qué no cabría la suposición de que algo extraño se intente fraguar, con tanto secreto y, al mismo tiempo, con tanta parvedad en determinadas informaciones? Pues si de la invasión se tratase, mal se acompañarían medidas de tal rigor, con la exuberante información sobre movimientos y concentraciones de tropas, y la impropia labor de detallarnos, con minuciosidad incluso, las enormes cantidades de material que se acumulan sobre el suelo inglés.

Sea lo que fuere, hemos de considerar deplorable que principios siempre respetados y costumbres ancestrales, se vean conculcados con tanta facilidad y tanta indiferencia; pero más deplorable, por sus consecuencias funestísimas, sería si los hechos consignados obedeciesen a otras posibles iniciativas.

JOSÉ-ORIOI CUFFÍ CANADELL.



CON CENSURA ECLESIASTICA

JOSE TAPIOLAS

Torcidos y Fantasías

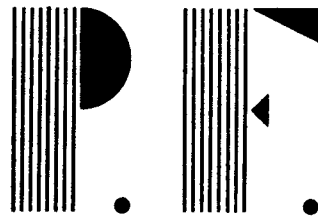


Fábrica: MANSO-ADEL, 104

Despacho: SAGRERA, 29

Teléf. 2235 - Apartado 34

Tarrasa



TARRASA

FESA

TARRASA

FABRICA DE TEJIDOS DE LANA, ESTAMBRE Y
SIMILARES - ESPECIALIDAD EN LOS CLASICOS

QUINTANA y C.^{ta}

Fábrica y Despacho: Av. del Caudillo, 301

Teléfono 1415 - Apartado de Correos 81

Telegramas: QUINTANAICA

TARRASA

PERFILERIA EN GENERAL

Juan Gamell Giner

Rambla del Caudillo, 119 y 121 - Tel. 1414 - **SABADELL**

Fomentad los

SANTOS EJERCICIOS

Industria Mecánica de construcción especializada
y única de husos y aros de continua y husos de
selfactina - Tipo de Huso Nacional patentado.

JUAN PAYAS

Taller y despacho: Bruch, 75 - Tel. 1871 - **MANRESA**

HIERROS - CARBONES - FERRETERIA y BATERIA de COCINA

Sol Hermanos y Cia.

AVENIDA DEL CAUDILLO, 12 y 14 - TELÉFONO 1700

MANRESA

HIERROS, ACEROS Y OTROS METALES
FERRETERIA, CARBONES, MAQUINARIA AGRICOLA

Jaime y José Armengou

Carretera de Vich, 15-17 - Infantes, 11 - Teléfonos 1405, 1406 y 1407

MANRESA

Sala y Badrinas

Tejidos de Lana

DESPACHO EN BARCELONA

Caspe, 33 B

FABRICA EN TARRASA

Prim, 59

**ALMACENES
ALEMANES**



*La casa que vende más
barato de Barcelona*

A. y M., S. A.

TARRASA

Hilatura de Estambre

SALA, S. A.

Especialidad en hilados para Género de Punto

DESPACHO Y FÁBRICA:

IGUALDAD, 15 (Vapor Sala)

Teléfono 1327

Tarrasa